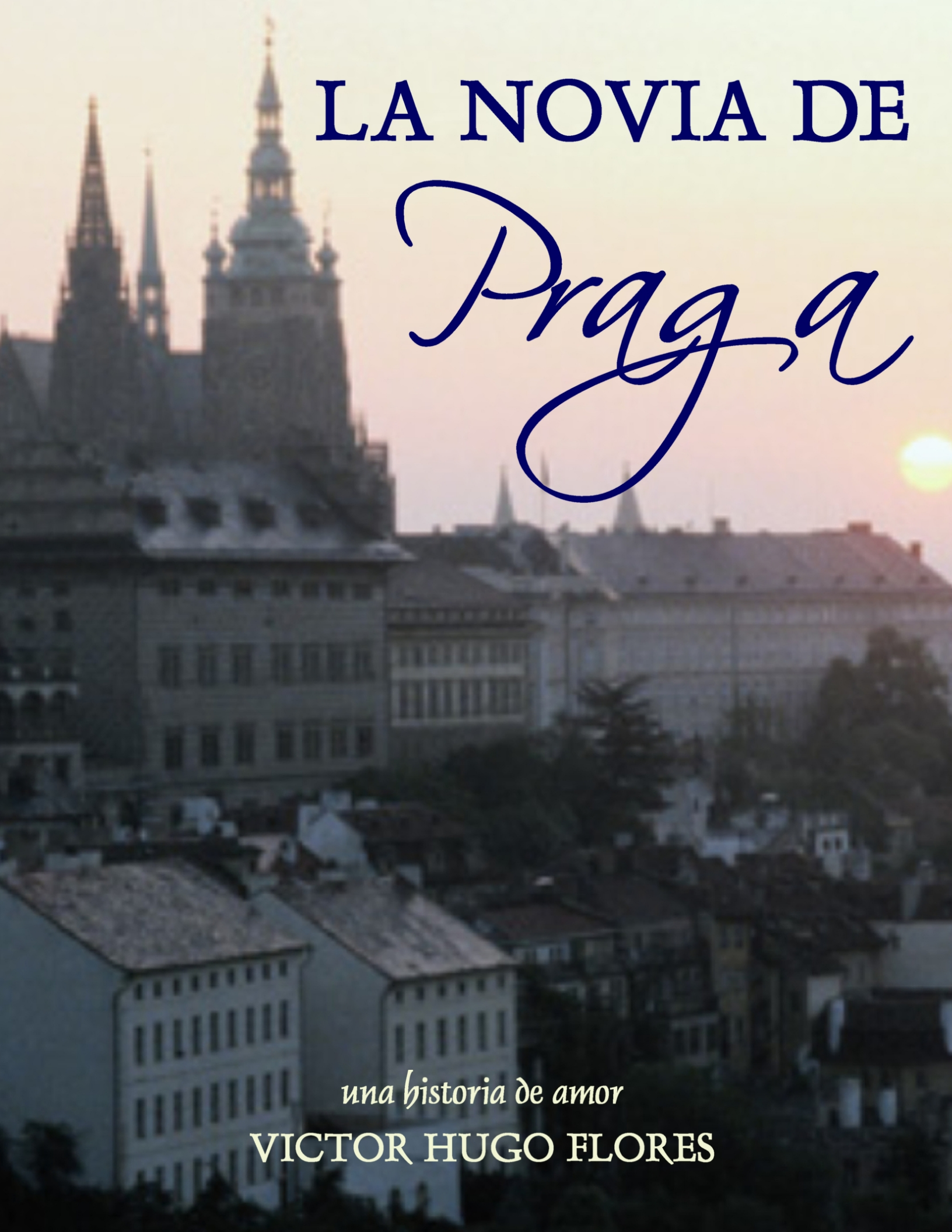


LA NOVIA DE Praga

una historia de amor

VICTOR HUGO FLORES

Una publicación del Proyecto Egrégora

Sitio web de la novela: www.geocities.com/lanoviadepraga

LA NOVIA DE PRAGA, UNA HISTORIA DE AMOR
Copyright © Victor Hugo Flores, 2006
victorhflores@yahoo.com

Todos los derechos reservados,
de acuerdo con los convenios internacionales

Este libro-e se publica bajo la modalidad de Arte en Red
y por lo tanto, puede reproducirse para su lectura en forma gratuita,
pero sin ser modificada. Toda otra actividad relacionada con esta obra,
debe ser primero autorizada por el escritor

Imágenes de Praga en portada y en páginas 6-12, *,
Cedidas por VDM, S.A de C.V.

Víctor Hugo Flores Solís

LA NOVIA DE PRAGA

una historia de amor

Agradecimientos

A la ciudad de Praga, *Praha*, por sus maravillas.

A Radio Praga, por su trabajo de contacto con sus escuchas, así como por proporcionar información sobre la República Checa en su sitio electrónico, la cual me fue indispensable como base u orientación. El sitio web de Radio Praga es www.radio.cz

A Jana Ondráková, de Radio Praga, quien respondió, por correo electrónico y muy amablemente, a mis preguntas sobre temas de cultura checa y palabras de amor, en su idioma. La señorita Ondráková no sólo resolvió mis dudas con toda paciencia, sino que me orientó sobre expresiones y sitios web para obtener más datos. En lo que se llama "un favor completo", ella me reveló la bellísima frase de cariño: "Mi oro" (*zlatíčko*) ¡Mi oro...! ¡Eso es poesía, damas y caballeros!

En especialísimo lugar y con agradecimiento permanente, a Vlasta Buríková, quien radica en Praga y que vía Internet, tuvo la generosidad de leer el relato original e hizo una excelente y cuidadosa crítica del mismo. Gracias a su magnífico apoyo, pude mejorar aspectos narrativos, de idioma, de geografía y de trazado urbano. Admiro el que Vlasta tuvo la imaginación para responder a un mensaje que fue como el que lleva una botella lanzada al mar, y afrontar la obra de un autor extranjero. Su apellido es el de uno de los personajes, en agradecimiento de escritor.

A www.myczechrepublic.com ¡por existir! Ahí coloqué el mensaje de búsqueda de un lector checo. Quienes deseen ilustrarse sobre la hermosa República Checa, visiten este sitio web.

Al Dr. Adolfo Martínez, que me ayudó a traducir, del inglés, dos líneas del poema *Maj I*, del maestro Karel Hynek Mácha.

De Niro es un restaurante de comida rápida, estilo árabe, en Viena; afuera de éste, una tarde comí viendo a la calle, en un local atendido por una chica de trato encantador, que casi con base en escucharme decir sólo *bitte* y *danke,* me hizo sentir que yo hablaba alemán. Creo que por eso memoricé el nombre del primer comercio, y por eso también, el protagonista femenino de esta historia habla ese idioma.

Prólogo

En septiembre de 2005, durante un viaje por Europa, y como parte de un recorrido por la capital de la República Checa, el grupo de turistas donde yo estaba, entró a la iglesia del Niño Jesús de Praga.

Yo preferí contemplar la calle, para ver a los praguenses en un día de sus vidas. Así, me senté en las soleadas escaleras, llevando la videocámara con la que grababa el viaje.

Entonces, sobre la calle, un autobús se detuvo de costado frente al templo. A través de una ventanilla del vehículo, vi a una chica, de perfil y con anteojos oscuros, pensativa.

¿Quién de los que ha visitado la ciudad, no sabe que, además de su gran riqueza histórica y cultural, Praga está habitada por mujeres bellas? Llevado por un impulso estético, grabé a esta muchacha hasta que su autobús arrancó.

Cuando regresé a México, ya dedicado a las labores cotidianas, retomé correos electrónicos de amables lectores que me sugerían escribir una historia de sentimientos; también recordé comentarios de amistades físicamente más cercanas.

Yo pensé que era el momento de incursionar en el género de amor; sin embargo, los días pasaban y se me dificultaba encontrar el tema, posiblemente porque me son más naturales, los mundos fantásticos y las secuencias dramáticas.

Una tarde, viajando en metro, enfrascado en hallar el argumento, me vino a la mente la chica de Praga, que yo había grabado... Y me pregunté qué podría suceder, si otra persona, en otra circunstancia, frente a un cuadro semejante, viviera un amor a primera vista...

Así surgió *La novia de Praga,* que el lector tiene ante sus ojos. En torno a esa escena fui tejiendo otras —como el viaje en metro, donde recordé el episodio—, hasta que la realidad dejó de serlo, transformándose en fantasía, deshilvanada en lapsos nocturnos.

La imagen de aquella chica dio origen al relato, y el hecho me parece afortunado; mas aclaro que no pretendo involucrar a esta persona en la realidad, ni retratar su contexto, ni su carácter, así como tampoco busco expresar alguna idea o emoción personal referida a ella, por la sencilla razón de que ignoro quién es; porque, aunque posiblemente ella se percató de que alguien la veía, con seguridad no se enterará de que, en una medida literaria, el escritor de un país lejano, en su perfil fugaz —visto durante 14 segundos antes del escape del autobús, según el video—, encontró un pequeño mundo de poesía; y sin embargo, por estas mismas razones, le dedico el relato, como un símbolo del ensueño que todos podemos vivir, en la geografía de nuestras vidas.

Esta narración es una fantasía de amor. Nació con el paso de los días, pero, también, Praga me la inspiró. El sonido del idioma checo me fue evocativo, y la ciudad de belleza, de leyendas, de historia y de una cierta sensualidad, siempre será motivo artístico.

También aclaro que todo cuestionamiento sobre aspectos reales de la historia, es imputable al autor y no a quienes lo han apoyado amablemente.

Finalmente, los lectores no encontrarán, en esta fantasía, otros vaivenes que no sean los de la experiencia amorosa. Sí, espero, encuentren en el relato, un momento de ilusión como se lo ha dado al autor, a lo largo de varias noches, y quien desea que, en algún lugar, en algún tiempo, alguien pueda vivir una historia así, o preferiblemente, mejor.

A la bella desconocida de Praga

Por tus ojos verdes en los que, fugaz,
brillar suele, a veces, la melancolía…

De “Madrigal”, del gran poeta mexicano Amado Nervo (1870-1919)

Una muchacha de tez clara en el borde de la tierra
observa las rosadas fases de la tarde…

De “Mayo” *(Maj I)*, del gran poeta checo Karel Hynek Mácha (1810-1836)

Eras tú, sentada frente a mí esa noche, y no querías besarme... Tu rostro estaba cerca del mío, tu mirada oculta por las pestañas, titubeante... Yo respiraba tu aroma de rosas, deleitado con el calor de tus labios, por la cercanía de tu piel. Sí... yo bebía tu suave aliento, cálido, cuando, evitando mirarme, te resistías; mientras tu respiración me atraía, embriagándome de emoción y deseo, pues tus facciones delicadas me encadenaban, en un ir y venir vertiginoso, envolvente.

Tan cerca que casi nos tocábamos, tu boca deliciosa, deseada, me cautivaba... Y yo anhelaba probar, por fin, esos labios dulces; besarte, para dejar de imaginarte; besarte y abrazarte para llevar, a ti, el deseo que me hacía vibrar; para decirte, con ese toque casi consumado, las palabras enmudecidas en mis sienes. Yo podía dejar de callar, si te besaba; podía darte lo deseado, en ese beso. Y en el vaivén de nuestros rostros, rozándose, estabas por aceptar que te mordiera la boca; tú, yendo hacia mí; yo, presintiendo los primeros rayos de un amanecer, escuchando el anuncio de un mundo nuevo.

Y en esa dimensión que prometía abrir sus alas, cuando sentado frente a ti, intentaba besar tus labios, yo era un extranjero, llegado a tu país y a tu alma en una tarde de septiembre... Llegado a esa Praga de sutiles resplandores, de leyendas inmemoriales; a esa Praga de castillos y de alquimistas, de ensueños recónditos, de ardientes dolores. Tú eras nativa de esa ciudad de bastiones, de jardines, y yo, venido desde el otro confín del Océano, me acercaba a tus labios, admirando tus facciones —las cejas delgadas, los labios llenos, la fina nariz—, contemplando tus ojos verdes; sorprendido por el color de tu cabello, fragante a maderas, a frescas leyendas, más brillantes que las luces de la habitación, encendidas en tu boca, tan próxima a la mía. Tu respiración era un lazo seductor, atraéndome con movimientos breves, de lado a lado, pero dudando...

Te apartaste, en esa habitación de un edificio blanco y tejado rojo, en la calle Pavlova, mientras afuera, un tranvía anunciaba su paso... Y yo quedé un poco menos cerca de ti, mientras el canto de las alondras se apagaba, avivando la hoguera de mi espíritu. No habría luz más cegadora esa noche, que cuando alzaste la mirada, para ver en otra dirección, con rechazo casi doliente, sofocado; cuando pusiste las manos en mi torso, alejándome, con suavidad, con esfuerzo por negarte.

"¿Por qué?", te pregunté, en susurro de calma desesperación, todavía sintiendo la promesa de tus labios. "¿Qué te detiene?"

Mi cuerpo era cautivo de tus manos, como si en vez de rechazarlo, lo encadenaras a ti; por aferrarme con nervioso estremecimiento. Tú no me tomabas del torso, sino que clavabas los dedos en el corazón bajo tus palmas, que latía, veloz, de deseo por ti. "¿Qué te

lo impide?", insistí, en lamento apasionado. "Nada te lo impide. ¿Por qué no lo tomas?" Y me respondiste cosas razonables: Me hablaste de recuerdos, de atesorados ayeres; me hablaste de lazos, no disueltos en la memoria. Como si fueras presa de un pasado, enclavado en el hoy. Todo cierto, todo verdadero, excepto porque cuando hablabas, era yo quien estaba contigo, era yo quien moría por besarte, era yo quien te había dicho que te amaba, y no pensaba más que en la promesa de tus besos, en la fresa jugosa de tu alma profunda, que se había convertido en mi ciudad... Bajo las lámparas de la habitación, el viento soplaba por la ancha ventana, en efluvio de noche estrellada, de tejados rojo ladrillo, en volátiles diamantes. En las aceras, corría un tiempo que podía ser de los dos, tan posible, tan lleno de sucesos, como el breve sonido de tu sí.

Mas yo no podía intentar robarte un beso, pensé, estremecido, atormentado, cuando me soltaste y te hiciste un poco más atrás. Incluso con todo lo que yo deseaba acariciarte, no podía tratar de imponerme; no era válido obligarte a aceptar mi decisión, como hubiera sido, de besarte a la fuerza; mi única posibilidad era insistir, rodearte con mis razones, traer las estrellas a tus ojos. No podría tenerte, de nada valdría conseguirlo, si tú no lo aceptabas, si no te dabas a mí. Lo contrario sería besar al aire, acariciar un espejo, enamorarse del viento, pues sólo encontraría la frialdad de mi satisfacción solitaria.

Sin ti, sin tu sí, de nada valen mis anhelos. Pues es tu corazón lo que deseo, vida mía. El fuego de tus ojos, las llamas de tus brazos, los fulgores de tu voz, tus misterios.

Te quiero conmigo, libre en la noche, pero por ti, no por mí. Que sea porque tú lo quieres, porque tú lo decides. No deseo lo que pueda arrancar, sino lo que desees darme: Abrir el arcón, para desentrañar el secreto de tu alma, y verla volar en la noche estrellada, hablando en lenguaje de maravillas y de ensueños; viéndote desde la torre de un castillo, en este país de baluartes, donde yo hablo otro idioma, pero en donde deseo aprender, el tuyo; admirarte, cuando surcas los aires en vuelo de libertad, sin nada que corte tus alas. Sólo así, yo volaré, también; solamente así, podré leer los astros en mi cielo, viéndote entrelazar sus letras, con tus alas.

Al dejarte, a medianoche, yo bajo por las largas escaleras de tu edificio, en giros rectos de losetas, entre puertas de madera cerradas, mudas; y cuando salgo por el alto umbral, rematado con la placa BUDOVA ONDŘEJ, me alejo por las calles en penumbra, hacia la estación del metro Muzeum, que no es la inmediata, pues deseo caminar, pensar...

Acompañado por el vapor de mi respiración, recorro los espacios oscuros entre las farolas callejeras, de luces evanescentes. Algunas construcciones clausuradas, muestran *graffiti*; sus puertas y ventanas, están tapiadas. La ciudad se anima en el centro, mas no me interesa ir allá, pues estoy donde deseo, o en donde deseo estar, navegando al centro de tu corazón.

Tú hablas de alguien que ya no está, de una persona que fue. Alguien ido, todavía ocupando tus pensamientos y aun, tus sentimientos. Tan presente, como para evadirte de mí. Y aunque eso te hace escapar de mis caricias, amor mío, yo te persigo como un enamorado que, sumergido en el invierno, lleva en su alma la promesa de una adelantada primavera. Pues estando a mediados de noviembre, enfundado en un grueso abrigo —la estación en Praga, es rigurosa—, es mía la sensación de tu reciente duda, de tu casi ceder a mis peticiones de besarte. Vuelvo a ese momento, a veces cerrando los ojos, con las manos enguantadas, y en los bolsillos del abrigo; a ese segundo fugaz, cuando estuve por tener tu boca; no aparto de mi mente la oscilación en nuestros rostros, cuando íbamos de un lado a otro, y titubeabas. Recuerdo tu deseo de responderme, que te hizo entrecerrar los ojos; tu negativa, con su fino sofoco, de duda deleitosa.

Rezaría porque, en la realidad, ese pequeño espacio que creamos, se cerrara del mismo modo en que lo hago ahora, con el cielo, alzando un poco la cara, e inhalando con fuerza su aire helado, de finales de año.

Camino por el nivel inferior de un paso para vehículos, pleno de luces amarillentas, que desprenden vaho, en el aire frío. No me besaste, cariño mío, pero experimento la extraña satisfacción de tenerte, un poco: Esta noche, yo llevo tu aliento fresco, la proximidad de tu boca, tus hermosas facciones.

Sí, me eres una promesa, por las calles en claroscuro, de aires latentes; en los edificios de elegantes fachadas modernistas. Es la aglomeración de personas en las avenidas —de donde salen, tranvías y autobuses—, lo que trae tu rostro a mi mente, en abanico de sombras, bajo los árboles de acacia... No puedo evitar verte, a donde sea que mire. Mi amor por ti, mi deseo de ti, se despliegan por las vías flanqueadas por persianas corridas. El viento helado late al ritmo de mis pensamientos, y respirar en esta medianoche, es como si te acariciara. Por eso, cuando cruzo una acera oscura, con el semáforo en verde, me repito lo te he dicho: Eres hermosa, y nunca he conocido a alguien como tú, tan llena de posibilidades, con tantas virtudes... Al correr, un poco, para evitar a un tranvía medio lleno que viene de Strašnice, pienso que tuve tus labios, por su intención, aunque me falta tenerlos por completo, acariciarlos por entero, vida mía... Tu rechazo

incita mi deseo, me hace tu boca más deseable; vuelve más exigente la aspiración de besarla; lejana de mí, pero casi mía, por tu mezcla de negativa e incertidumbre.

No sé quién sea al que recuerdas, mas no me interesa saberlo, excepto si quieres ser más precisa. No he venido de tan lejos, para cometer el error de comparar inútilmente. Y no dudo que aquello haya sido maravilloso o doloroso, o ambas cosas, tanto como para que su sombra se extienda hasta el hoy. Pero esa sombra es menor que la posada en los edificios de tejados índigos, cuyas luces trazan tu silueta, volando en mi mente y por la ciudad; esa presencia pretérita que te obligas a hacer vivir, ese recuerdo, no es para mí tan misterioso como el sabor del aire helado, donde respiro tu aroma, y en donde escucho el eco de tu voz, surcando las vastas avenidas, donde soy el único peatón.

¿Serás mía, o no lo serás? Tú dices que no puede ser, y yo, sencillamente, ruego que sí. ¿Acaso la intensidad con la que te deseo, esa forma en que tus negativas te conducen hacia mí, no debe tener una sola conclusión? Rechazo a rechazo, te siento más cercana, o yo más atado, en un trenzarse de *no sé*, que se convierte, suavemente, en aceptación.

Mas ignoro si ése es nuestro destino. Ignoro todo; sólo sé que te amo en esta noche fría, mientras paso frente a establecimientos cerrados, cuyos rótulos rezan LÉKARNÁ, ANTIKVARIÁT y SPOJOVACÍ MATERIÁL, de un idioma que no es el mío, frente al cual, mi lenguaje es incomprensible.

Praga, la ciudad mágica donde nacen los ensueños, atravesada de pasado y de presente, hecha de siglo XIII, de siglo XIX, de todos los siglos. La ciudad que busca su presencia en el futuro. La ciudad construida de fantasías, de sufrimientos, de cantos de libertad, de extrañas claves que yacen en cada recodo, por donde soplan, inaprensibles, los aires del Medioevo... y en donde yo te respiro, a través de sus horas calladas. Tú estás en esta ciudad, dueña de las alas de mi pasión; te anuncias en las palabras de una lengua, de la cual, soy un forastero, pero que marcan los puntos de una ruta, en crucigrama, que puede conducir hacia tus brazos.

A veces, no sé si estoy enamorado de ti, o si estoy enamorado de tu ciudad. O quizá sea de las dos. No te concibo fuera de sus límites, ni fuera de tu país, que atrapa al espíritu.

Praga está llena de misterio, y de un sentimiento parecido al éxtasis, que flota en el aire. Lo percibo en el fuego de sus agujas góticas, que buscan el cielo con voluntad de roca; en las fachadas rojas, verdes y azules, de la Callejuela del Oro; en sus avenidas, donde la inspiración artística anima al material de sus construcciones, con una vida que supera a la

de la piedra; lo sentí desde la noche cuando arribé, como muchos otros, con una maleta y sin conocer otro idioma, diferente al mío, que el inglés. Mas no se requiere traducción para enamorarse de los reflejos en el ancho río Vltava, que algunos llaman Moldava; ni para admirar su cauce desde puentes formados por pesadas rocas, ensambladas con argamasa y poderío. Es universal el lenguaje del vasto Castillo de Praga, complejo y tan antiguo como el siglo XVIII, pero tan cercano, como para ser una sede de los poderes políticos actuales; todos podemos comprender la belleza de la Torre Mihulka, del siglo XV; de otras edificaciones renacentistas, en las que vibra un ímpetu proyectado a los siglos; el alma puede ser un trofeo de las perspectivas del Jardín Real, el *Královská zahrada*... pero también los sentidos son cautivados al escuchar tu idioma, el checo —que buscas enseñarme—, y que en tus labios, en el juego de tu lengua, adopta el sonido apetitoso de degustar, cuidadosamente, una fruta de marzo; donde sus acentos finales parecen los de una canción.

Es el aire de tu ciudad milenaria, y eres tú. Por eso digo que no encuentro diferencia. Al caminar contigo por sus calles, encuentro nuevos significados cuando me hablas, con orgullo, de la historia de tu nación: El Antiguo Palacio Real, la iglesia de Santo Tomás. Sus estancias me permiten asombrar con una cultura antigua, que ha dejado el terreno sembrado con prodigios, con anhelos. Tu idioma, en el que me dices palabras para que las memorice, me suena a un embrujo, donde percibo los ecos de un tiempo pasado, y de más remotos paisajes. Al escucharte, aunque no lo comprenda todo, se abren los enigmas que yacen en las piedras, en las arboledas de acacias. Pienso que tu lenguaje fue creado para conocer el misterio de la poesía, para formular encantamientos, para leer la Cábala, pues sus palabras son letra y melodía.

Algún dios remoto, que ya estaba aquí cuando los romanos llegaron, realizó una ofrenda a sus devotos, como Prometeo desencadenado, y dejó en la extensión de la metrópolis, parte de sus ensueños milenarios.

Yo te conocí una tarde de Praga, cuando viajabas en el asiento de un autobús. En el ocaso, la urbe centelleaba en tonos áureos, melancólicos, de una coloración que le es propia y que no he visto en otras ciudades, como si un suave fuego nostálgico prendiera en el aire.

Era una tarde de septiembre, cuando yo contemplaba a la gente, desde la escalinata de la venerable iglesia de Holešovice. Entonces, un autobús que iba a la terminal de

Kobylisy, se detuvo, y al través de su ventanilla te miré, de perfil, como si mi vista fuera llamada por tu imagen. Y eso fue todo.

Yo me percataba de que en Praga había un gran número de mujeres bellas, de todas las edades, más que en otras ciudades de Europa que conocía. Casi podría decir, al cabo de vivir un mes en la capital, dando clases de Literatura en español en un instituto, que estaba acostumbrado a un cotidiano desfile de beldad. Ningún extranjero escapa a esa impresión, aunque, quien como yo llega a trabajar, en intercambio académico, no se distrae con tales felices hechizos. Mas, ese atardecer, al mirarte por la ventanilla del transporte, tus facciones me cautivaron, en impresión instantánea. Y sumado a ellas, fue un sentimiento que capté en ti, un aire pensativo, una profundidad llena de palabras que envolvía tu rostro delicado y tus largos cabellos, dorados por la luz de ese crepúsculo.

Fue un momento, nada más, pero no lo pensé. De haberlo hecho, no habría actuado como lo hice, y el autobús se me habría escapado por las calles. Tampoco supe qué pretendía, pero algo en mi interior profundo, vital, me hizo levantar —la sensación de haber hecho un hallazgo crucial, de estar frente a alguien a quien debía seguir—, y así, corrí al transporte y subí, apenas... Una vez arriba, con tu rostro en mi mente, distrayéndome, volví a confundirme como al principio, cuando no entendía del todo, el sistema de boletaje. Mas recordé que a mi billete le restaban días de vigencia. Así que busqué un asiento. No volteé a verte, cuando pasé a tu lado —pero me fue atrayente la fugaz cercanía, con la desconocida que eras tú—, y me acomodé, lugares más atrás.

En efecto, fue un acto atolondrado, y no puedo explicarlo de otro modo que debido a la gran impresión que me causó el aire de tu rostro. Fui en el transporte como un emboscado o como un pirata que prepara el abordaje, aunque ignoraba a ciencia cierta lo que haría. Pues no me animaría, lo supe, a acercarme a ti. Únicamente tomé el autobús para no dejar de verte. Nunca me había planteado algo como eso, y carecía de la valentía que otros tienen, para presentarse a una chica, en forma natural.

En el autobús, te veía, atraído por tu silueta. Admiraba tus cabellos negros, pensativo, así como admiraba el reflejo de tu rostro, en el cristal de la soleada ventanilla, y el trazo de tus ojos. Mi mirada se complacía, al volver una y otra vez hacia ti, como quien busca respirar. Me preguntaba cómo sería hablar a una chica tan naturalmente guapa; si yo tendría alguna posibilidad.

Entonces, me percaté de llegar, sobre la calle Davídkova, al colegio donde trabajaba desde hace un mes, y hasta febrero próximo: El Instituto Checo de Intercambio Cultural. Y el corazón me dio un vuelco, al constatar que ibas a la salida del vehículo.

Hice lo mismo, dejando a otras personas descender primero, sin creerme lo que sospechaba… pero mi sorpresa fue enorme, gratificante, al verte apear del autobús y encaminar al Instituto. Más todavía, cuando, en el acceso, mostraste una identificación como luego lo hice yo. No era día de dar clase, para mí; yo sólo te seguía.

"Buenas tardes, profesora Ludová", te recibió el policía de la entrada. Conmigo, él redujo la intensidad de la ere, cuando dijo: "Buenas tardes, profesor Córdova", razón por la que volteaste un segundo, que aproveché para saludarte a mi vez, aunque no me devolviste el gestp.

"Ah… se apellida Ludová", pensé. "¿En cuál aula impartirá clase, y de qué?"

Para cualquier otro, ése habría sido el momento de intentar una rápida conversación, para presentarse. O por lo menos, tal es un mecanismo en mi país, para ensayar el acercamiento a una mujer. Mas yo me sentí en la obligación —por cómo había actuado al subir al autobús—, de comportarme en una forma que considerara correcta, para no generar, decidí, en el colegio donde me hallaba, una opinión negativa sobre los extranjeros. Me parecía que mis intenciones serían evidentes, aunque mis consideraciones, sin duda, se debían a mi nerviosismo, a un sentir que la fuerza de mi impresión sería tan patente para los demás, como lo era para mí. Y eso se debía a la novedad que me representaba la reacción que me causaste, pues yo era alguien más bien introvertido. Durante el mes pasado, me había limitado a impartir clase, a calificar a los alumnos, y a recorrer la ciudad en los fines de semana, ayudándome con el idioma inglés, aunque muchos praguenses hablaban el español; aprovechando, asimismo, para visitar ciudades de otros países, como Viena o Bratislava, a unas cinco horas de recorrido, cada una. En esos viajes, me sumía en la arquitectura y en los museos, fascinado por el aire de Europa.

Te alejaste por el pasillo, mientras alumnos y profesores entraban y salían. Yo saludé a algunos conocidos, pero siguiéndote con la mirada, hasta que subiste por las escaleras, en cuyo pie continué andando, sin rumbo fijo.

La extraordinaria coincidencia de que fueras profesora en ese organismo cultural, me sorprendió tanto, como el hecho de que yo no te hubiera visto antes. Mi insensata noción de estar viviendo un destino, cuyo desenlace no me era comprensible, se vio tan reforzada, que me obligué a apartar la idea. Sólo estaba impresionado por ti, nada más, aunque nada menos. Por lo demás, carecía de motivos para suponer algo, por anticipado.

Esa primera emoción no se borró, al contrario. Se avivó en los días siguientes, al verte por los pasillos del Instituto, o al escucharte hablar con otros profesores. Y, sin embargo, una innata circunspección me hacía presa: Ignoraba la forma de acercarme a ti.

Te conocí, formalmente, cuando el Director se ofreció a presentarnos, pues en ocasiones, los académicos impartíamos conferencias conjuntas, a otros catedráticos. Así supe que tu primer nombre era Kateřina. Te llamabas Kateřina Ludová. Tú trabajas a cinco aulas de la mía, impartiendo clases de alemán avanzado. Me percaté de cuánto yo había estado, hasta entonces, maravillado con el aspecto intelectual e histórico de la ciudad, para no haberte descubierto. Pero es que yo siempre estaba enfrascado en algún libro, en algún mapa, o preparando las clases o la ida a un museo, en mi tiempo libre. Al darnos la mano en esa presentación, ratifiqué mis impresiones de aquella arrebatada tarde. Me agradó tu cortesía, y me deslumbré con tu sonrisa.

Transcurrieron días, y por timidez, no encontraba siquiera la manera de volverme, de ti, un amigo más, ni de conversar por dos minutos al cruzarnos por los pasillos. Los temas, se me terminaban de inmediato.

Aunque con el paso de las semanas, te lo dije todo, y no me reservé nada. Yo te dije lo que pensaba y sentía. Porque sumado a la irresistible atracción que me producías, fuiste una revelación, por lo que descubrí en ti, intuido en el segundo de verte a través de esa ventanilla, llenando mi alma y mi corazón con un efluvio de constante sorpresa, hasta dejar salir una parte mía, de la cual yo mismo ignoraba su existencia.

Fue por ti, que me convertí en un corsario que atacaba con fuegos de artificio; en un extraño poeta que cantaba fórmulas alquímicas; en un estratega que consultaba mapas, en lenguas desconocidas, donde planeaba el asedio de tu corazón; en un alguien que, inflamado, era capaz de cometer toda temeridad, y que, por primera vez, salió de sí mismo, para entender la importancia de otra persona.

Que me digan que amantes como Don Quijote, o como Werther, son pueriles. Eso lo dicen quienes justifican, con vacía autosuficiencia, su miedo a darse a alguien más; pues saben que amar, significa ceder. Pero en un crepúsculo de Praga, que llameaba en los álamos y en los monumentos llenos de almas y de triunfos, yo, de menor nivel frente a ello, te descubrí, y no te dejé partir. Apareciste y, deslumbrado, corrí hacia ti. Y cuando te me revelaste como lo más deseado en mi existencia, no tuve más senderos que todos aquellos que llevaban a tus ojos, pues tú eras mi Jarmila, mi Dulcinea, mi Carlota, y yo no podía ser menos que sus amantes entregados; no sería indigno frente a esos héroes del corazón.

Y a pesar de todo, no sé si hice algo, ni siquiera, si lo hice bien. Lo único, fue entregarte mi corazón por entero. Fui a ti, impulsado por el ardor de mi alma, buscando, poco a poco, morder la manzana de la tuya.

Antes de los días de noviembre que hoy vivo, cuando no me permites besarte, una tarde, simplemente te abordé. Ibas unos pasos adelante, hacia la estación Ládví del metro, cercana al Instituto por algunas calles. Armándome de valor, acelerando, me puse a tu lado cerca de la entrada de la estación, saludándote con un sencillo "hola", sonriendo, y ocultando mi nerviosismo. Tú me viste con extrañeza, sin identificarme, pero me saludaste también, al cabo de un momento:

"Hola, profesor Umberto".

Intuí, por tu expresión, que hubieras preferido que yo tomara otro camino, y pensé que estarías fatigada por el trabajo del día, y que tenías un grado de reserva. Mas yo estaba resuelto, jubiloso por ese primer acercamiento, a no alejarme. No bajaría del corcel donde había montado, pues hacerme el encontradizo una segunda vez, no sería correcto. Así que, pensando rápido, te dije que bajaría en Florenc, que es una estación de transborde, tres antes de donde tú descenderías... Y aquí, confieso: Yo no necesitaba ir en metro. Vivía cerca de la estación donde entramos, Ládví, en un edificio de departamentos, a relativamente pocos metros del Instituto. Mas te había seguido desde el colegio, esa tarde, prácticamente cazándote, al no hallar otra manera de hacerme conocer más por ti. Ahora fingía llevar parte de tu recorrido.

Y así, tomamos la costumbre de acompañarnos algunas tardes, pues te dije que yo vivía cerca de Florenc, además, dando por natural que podía ser tu compañía vespertina. Supongo que no te causé mala impresión esa primera vez, pues finalmente, la tomaste con normalidad. Para mí, gozoso por haber logrado esa aproximación, era ir construyendo un camino, donde a veces planeaba mucho, una simple actitud. Incluso, al finalizar las clases, cuando en ocasiones tú me preguntabas si tal tarde iríamos juntos, yo te decía que no, disculpándome; pero simulaba, para no parecer tan dispuesto como en realidad, lo estaba; para aparentar una despreocupación que, en modo alguno, experimentaba. Aguardar por ti, en el estacionamiento del Instituto, para luego caminar juntos, era mi momento más esperado del día, y el trayecto en el metro, una ruta de felicidad.

Yo te preguntaba si nos acompañaríamos, la mayor parte de las veces. Cuidaba el reloj para encontrarte como por casualidad, aunque más tarde iba a ti directamente.

Fue en esos breves recorridos cuando empezamos a hablar. Y me maravilló que, más allá del hecho de que me habías atraído al instante, al conocerte, me gustara tu personalidad. Sentados lado a lado en un vagón, yo observaba el aire alegre de tus ojos, el dibujo de tus labios, la forma en que tu cabello se posaba en tus hombros y el color verde tus ojos. "¡Qué interesante es! ¡Cuánto me gusta!", pensaba, al escucharte, entretejida de comentarios y de planes personales, que expresabas muy bien; de la magia del movimiento

de tus manos, de los acentos del idioma inglés, en tu voz. Sí, yo me enamoré de ti, con un sentimiento callado; sin duda, tímido; torpe, con toda probabilidad. Pero estaba sinceramente enamorado, sin que hubiera momento más resplandeciente que el de verte sonreír, ni segundo más grato, que el de escucharte llamarme por mi nombre.

Sobre poder hacerte feliz en un sentido más formal, no lo dudaba. Yo no tenía, solamente, ese ardor alocado, sino los hechos que armaban mi vida. Cada realidad y posibilidad. De tenerte, pensaba, de lograr algo más serio, lo pondría todo, completo, en la balanza de los días. A cambio, me habría bastado saberme amado por ti.

Al despedirme, en Florenc, tampoco me habría importado recorrer la ciudad completa, en sentido inverso, aun si hubiera debidi ir al final de cualquier línea del metro, o tomar innúmeras calles, pues no regresaba solo: Me acompañaban los momentos en el vagón. La mía era una mentira, pequeña, pero mentira, y lo sé. ¿Me perdonarás? ¿Podrá contar en algo que yo moría por estar cerca de ti, y no sabía de qué otra manera conseguirlo?

Al conversar durante las tardes de octubre, cierta confianza nació entre ambos. En menos de un mes, nos hicimos buenos colegas, y amigos, también.

En ocasiones, íbamos juntos a sitios de interés histórico, los fines de semana, ya fuera por idea de uno, o de otro: El Palacio de Verano, la Biblioteca Municipal; a la villa que fuera estudio del escultor František Bílek. Esa convivencia surgió por nuestro interés compartido en la historia y en el arte, y porque realmente la pasábamos bien. Me complacía y era divertido, visitar juntos la Ciudad Pequeña, la Ciudad Vieja, recorrer la calle Nerudova, donde viviera el escritor del que tomara su nombre de autor, el poeta chileno Pablo Neruda; entrar en las tiendas, donde querías ver ropa, o comentar tal o cual detalle del imponente Teatro Nacional; también entrábamos a los cafés y a los bares donde, al fumar, parecíamos una suerte de conspiradores. Y abordábamos muchos temas, en los asientos a lo largo de las galerías atestadas, donde se mostraban pinturas de los siglos XVII y XVIII, de grandes artistas, como Rubens. Yo te hablaba de mi país, de sus tradiciones. Te refería hechos de mi vida y alguna vez, me preguntaste si era casado o si tenía pareja. Te respondí que no, y supe lo mismo, de ti. Me sorprendió la coincidencia de ser hijos únicos, y de que sobrevivían nuestras madres. Tú me hablabas sobre ti, sobre tu madre, llamada Eva Ludová, que vivía en el poblado de Kutná Hora, y sobre cómo habías llegado al Instituto... Más adelante, en nuestra conversación, surgieron bromas. Me fascinaba hacerte reír, a ti, que eras mi delirio, pues tu risa melodiosa era muestra de tu confianza, así como un dulce acercamiento. Suave, limpiamente, nos hicimos confidentes, y yo te escuchaba,

interesado en conocerte. En mis planes de conquista, me sumergí en la deliciosa vorágine de la carga.

Me animaste a estudiar checo —con el beneficio añadido de que así, aseveraste, yo podría entender el eslovaco—, de modo que en unas semanas, podía comprender lo elemental. Por mi parte, te impulsé a tener otras actividades que te interesaban. Deseabas ir a un cursillo de alemán, en Dresde, a menos de tres horas de viaje, pero experimentabas cierto temor. Te convencí de que sí podías, de que tenías los medios y la capacidad. Así, obtuviste un permiso. La mañana que partiste en tren, algo nerviosa, te acompañé a una casa de cambio, para canjear coronas, por euros.

Te obsequié unas revistas, por si deseabas leer durante el viaje. Cuando me lo agradeciste, prometiendo cuidarlas, te las entregué como si te obsequiara rosas.

Al cabo de dos días, fui a recibirte a la atestada estación principal —gracias a ti, ahora yo podía cuidar el uso de los signos ortográficos, más abundantes que en español—, y al verte descender del tren, radiante, supe que te había ido bien. Al dejar el andén, me tomaste por un brazo, con soltura. No dejó de sorprenderme esa intimidad, esa confianza entre ambos, sobre todo, al alegrarte que yo cumpliera mi palabra de ir a recogerte. Llevado por lo mucho que me gustabas, me encontraba inmerso en una maravilla más esplendorosa: La de enamorarme de ti como de una persona real, de alguien que tenía virtudes, objetivos, necesidades, proyectos, esperanzas; la de actuar más por compartir las aspiraciones de esa persona, que por un afán de conquista; la de interesarme en alguien que se volvía tan importante como yo mismo. Y que me era esplendorosamente guapa.

Mientras llevaba tu maleta, sosteniendo tu brazo, me contaste tus impresiones en el cursillo, con los ojos iluminados de entusiasmo. Me alegré mucho de lo bien que te había ido, de cómo te felicitaron por tu nivel de conversación; más todavía, cuando anunciaste volver a Dresde, el mes siguiente.

Yo iba atento a tus palabras, pero también a tu brazo, posado en el mío; en su contacto ligero, cálido. Aun hoy, todavía recuerdo la impresión que nos recibió, al salir de la estación ferroviaria, una calurosa tarde de otoño, esplendente por tu llegada cuando pude tocarte por vez primera, como confidentes; por experimentar la cercanía de tu cuerpo, poco más alto que el mío; por ser parte de tus actos a mayor profundidad. Recuerdo esa tarde, porque a esa hora se dibujó la primavera, en tu voz y en tu contacto, con fragancia de rosas. Pues yo no deseaba ser solamente tu amigo y menos, sólo un buen amigo. Deseaba eso y todo, ser todo para ti. Y me fue claro que debía decírtelo, confesarte cuánto significabas para mí, e incluso, llevando tu maleta, no me preocupó que tú no me

quisieras, que yo no te gustara, como me gustabas tú. Yo estaba enamorado de ti. Ese sentimiento me llenaba, con una plenitud que invitaba a sonreír.

Una mañana de finales de octubre, te lo dije. Fue en el puente de Carlos, el macizo y largo Karlův most, que ha sorteado el río Vltava durante seiscientos años, uniendo a la Ciudad Vieja, medieval, con la Ciudad Pequeña. Nos detuvimos, casi a mitad de sus más de quinientos metros, entre los altos accesos de piedra, de estilo gótico. Paramos, para ver el paso del río, entre dos estatuas, y en un espacio de los locales móviles, de recuerdos. Los turistas henchían la zona, llevando sus mochilas, en el frente. Se decía que el sitio podía ser inseguro, mas yo nunca vi nada como eso.

Hablábamos de los sucesos de la semana cuando te miré, dejándome llevar por el impulso de la decisión, para no darme oportunidad de acobardar.

"Quiero decirte algo", anuncié.

Me miraste, con curiosidad, y yo temí que tu belleza se me escapara, si me daba cuenta, demasiado tarde, de que no debería habértelo dicho... Me sentí en el filo de una navaja. ¿Era mejor continuar así, o arriesgarme?

"¿Sí, qué es?", me preguntaste, como si esperaras que te relatara algún suceso del Instituto, o algún problema personal, como hacíamos entre uno con otro.

Estaba tan nervioso de confesártelo. Me parecía que los latidos de mi corazón atravesaban el Puente Karlův. Casi me sorprendió que los vendedores no voltearan a verme, preguntándose por el motivo de ese pulsar, para mí, resonante.

"Si no te lo digo, me voy a arrepentir por el resto de mi vida", aseveré.

Me observaste con atención, creo que sin imaginar lo que diría o imaginándolo, pero dándote cuenta de ello, cuando yo ya había empezado.

"Me gustas", te expresé, suavemente. "Me gustas mucho, Kateřina".

Alzaste levemente las cejas, encantadoramente sorprendida, y me preguntaste, como si ignoraras la forma de actuar: "¿Sí?"

"Oh, sí...", afirmé, gozoso por tu reacción: De que no me hubieras interrumpido por anticipar mis palabras, para negarte, o peor aún, de que me evadieras con amabilidad. Me sentí liberado por verte abiertamente, dejando que mi emoción se trasluciera en la mirada, sin preocuparme más en que no se me notara, sin atender a siempre ser discreto; me liberé, en la natural sinceridad con la cual contemplamos a alguien que nos atrae, a alguien a quien queremos.

"Creo que eres la chica más hermosa que he visto, y eres la más inteligente", seguí, escuchando los rápidos latidos de mi corazón. "Pienso mucho en ti. Cuando no te veo, te añoro. Tienes tantas cosas en tu interior, tanto más que me gustaría conocer. No habría sido posible que yo sintiera algo distinto, o algo menor. Desde la primera vez en que te vi, presentí que así sería, y con el tiempo me he dado cuenta de lo cierto que eso era. Estoy enamorado de ti, completamente enamorado de ti. Me gustaría vivirlo contigo".

Tú miraste de nuevo al dilatado correr del Vltava, a sus coloraciones azules y doradas, por donde los barcos navegaban; al agua sembrada de tornasoles de mediodía. Y nada dijiste, yo sólo te vi en entristecida inquietud, como si algo hubieras evocado; como si mis palabras te conmovieran. Pareciste a punto de decir algo que aleteaba en tus labios rosas, como si tus palabras lucharan por salir, al mismo tiempo que unas lágrimas.

Yo no quise preguntarte si me aceptabas; no quise remover ese dolor evidente en tus facciones, como si pensaras en mi declaración y a la vez, en algo más o quizás, en alguien más. Me pareció que guardabas un dolor en tu corazón, un temor oculto, debido a una persona, o a algún suceso de tu vida y, por primera vez, me pareciste frágil;con la fragilidad de una mujer que desea ser amada, pero que tiene miedo, miedo de ser herida o engañada. Pensé que algo así te habría sucedido, por reconocerlo; por reconocer esa emoción en tus gestos, y no intenté abrazarte, para no invadirte. Sólo coloqué una mano, sobre una de las tuyas.

"¿Te he molestado?", pregunté, con suavidad. "¿Te he hecho sentir incómoda, de algún modo?"

"No", susurraste, con esa lejana tristeza endulzando tus facciones. Yo no supe cuáles resplandores eran más hermosos, si los del Vltava, o los de tus ojos; si el mediodía caluroso o la tersura de tu piel.

Tomé tus dedos y los crucé con los míos. "¿Dirás algo?", susurré.

"No sé... no sé...", respondiste, casi acongojada, dejando tu mano en la mía; mas no quería que lloraras, por lo menos, no hacerte llorar con mi insistencia. Si deseabas hacerlo, me encontrarías de brazos abiertos; también cuando desearas contarme qué te sucedía; mas me pareció que era demasiado pronto para esa conversación.

"No, creo que no diré nada", susurraste, casi tímida, casi niña.

Me sentí alentado. En una mujer, "no" y "sí", son justamente eso, pero "no lo sé", "es posible que sí", y "lo pensaré", son una posibilidad.

"¿Aceptas, entonces, que yo te quiera?", te sonreí con delicadeza, para mostrarte que respetaba tu reacción, y que me interesaba, a la vez, ser aceptado por ti.

"Si vas a ser mi admirador, está bien", sonreíste, a tu vez. Tu rostro de nuevo amaneció, al tirarme de la mano: "Ven, vamos a la iglesia de San Nicolás".

No quise abusar, cometer el error de, por verte sonreír, sentir que podía volver al tema. Ya conocías mi sentir. Y por cuidar tu estado de ánimo, tu confianza, nada añadí, excepto un: "¿Lo pensarás?"

"Sí", asentiste, amable, "lo pensaré".

En el edificio Ondřej, de la calle Pavlova, donde vivías, semanas más tarde de declararte mis sentimientos, y a días de mi primer intento por besarte, fui hacia ti, de nuevo, cuando el verano partía; cuando el invierno se anunciaba en la atmósfera, y retazos de neblina se filtraban por las calles.

Estábamos en tu departamento, para que yo te diera información que utilizarías en el Instituto, sobre von Humboldt, naturalista alemán, quien viajara a México en el siglo XVIII y que diera a su capital, el apelativo de "Ciudad de los Palacios".

Desde aquella primera ocasión en tu departamento, cuando evadiste mis besos, nada te había insistido. Y ahora, esta noche, me complacía que tuvieras la seguridad de hacerme entrar otra vez en tu casa, sabiendo que yo tendría la cortesía de no hacer algo desagradable.

Cortesía, por supuesto. Mas desistir de mis esperanzas, no. Yo no podía, simplemente; no me era posible resistir, ni a ti, ni al recuerdo de esa otra noche, cuando estuviste a punto de darme tus labios. Al finalizar el acopio de datos para tu cátedra, y mientras ordenabas libros, te di un leve beso en la mejilla, rogando internamente porque no rechazaras ese avance.

No lo hiciste, maravillosamente, y no me avergüenza confesar que, al besar tu mejilla, y al mirar después tu gesto pensativo, yo te rogaba con la vista. No me avergüenza, porque sólo de mirarte, cualquier ruego hubiera sido poco.

"Sólo respóndeme una cosa", susurré, con ternura. "¿No te interesa un poco? ¿No te llama la atención, un poco siquiera?"

En tus ojos yo distinguía, de nuevo, inquietud. Y aun cuando la noche se alejara con tu silencio, sus promesas continuaban latiendo, en el fuego frío de las aceras.

De no haber sido tú, yo podría haber pensado que me resistías para obtener lo contrario, para que te buscara más. Pero se notaba que pugnabas por serle fiel a un recuerdo interpuesto entre los dos, desde el mediodía cuando te confesé mi amor.

Yo captaba el sentido de tu reserva. Por tus palabras, sabía que habías sufrido una desilusión, una decepción emocional, aun sin darme los detalles. El que ahora te encontraras frente a alguien que decía amarte, yo, no borraba el hecho de que ese alguien volvería pronto a su país. Entendía que esas circunstancias te provocaban inseguridad.

Por eso, te dije que, de tú aceptarme, no me iría; y vi tu boca, y me acerqué a tu rostro, tomando tus manos, explorando tus ojos desde mi silla; manteniendo la distancia que imponías al alargar, un poco, los brazos.

"¿En nada te interesa?", seguí, todavía inclinado hacia ti, en el espacio marcado por tus brazos extendidos, mirando tus labios rosas. "Sólo dímelo... ¿En nada?"

Esta vez, también te alejabas, con tu forma de actuar decidida y, a la vez, sutil, de resistencia seductora, que debe ser recibida en pasos de vals, hasta que caigas.

¿Qué otra cosa puedo hacer, amor mío? Si definitivamente no quisieras, yo nada intentaría. Pero tu vacilación es mi oportunidad. Mi posibilidad, se encuentra en el indicio de que la invitación sí te atrae, por lo menos, un poco. Ante el espacio que me brindas, en esa duda que va y viene, yo, como cualquier otro enamorado, sería torpe si no actuara, pues eso debe hacerse, cuando alguien nos interesa de veras. Si para que estés conmigo debo atraparte, eso haré. Te haré mía, sólo para mí, y de nadie más; te tendré conmigo, cantándote al oído mis tesoros. Te cautivaré, bajándote la Luna y las estrellas, al alcance de quien les ruegue que desciendan... Mi único asidero es tu indecisión. Esto no es un juego. No me divierto contigo. Si digo que debo hacerte caer, si me juro que te atraparé, es porque te amo, porque sé que tú también me quieres, pues sólo es que dudas, y nada más. Yo te daré la convicción que te hace falta, hasta poseerte; poseerte, sí, no me arrepiento de decirlo, en todos los sentidos, pues mi alma lo dicta. Y porque las palabras solas y la sinceridad por sí misma no son suficientes, y porque algo en ti responde a mis reclamos, al estrechar tus manos para abrir la ventana de tu alma, te muestro lo que te resistes a tomar, y que te espera, sólo para ti, si lo aceptas. Si borras tus justificadas dudas. No se trata de mentirte, sino de apoderarme de ti con lazos de terciopelo, pues si asomas, si me escuchas por un instante, he de hacer todo lo posible para que bajes a mis brazos... Mis brazos, que mueren por estrecharte.

¿No se dice que en la guerra y en el amor, todo es válido? Pues esto es tan grave como la guerra, idéntico en seriedad, igual en su peso para la vida y para la muerte. Yo me juego la vida, pues ella, sin ti, es sólo un intento de existencia. Olvidarme de ti, alejarme, sería el último recurso, la retirada, la aceptación de la derrota. Pero he de llegar con todas mis galas, armado de punta en blanco, para rendirte.

Y esa noche, como en los días pasados, yo no actuaba fríamente, sino lo opuesto, combatiendo por la fortaleza de tu corazón, obedeciendo a los dictados del mío.

Y mi corazón, llameaba. La luz de la estancia formaba un círculo mágico que nos envolvía, donde, tomando al cielo por testigo, yo observaba tus ojos anhelados, perdido en su profundidad oscura, unido a ellos sin remedio.

"¿Por qué?", te pregunté, estrechando tus palmas contra mí, presionando contra la resistencia de tus brazos, mientras la noche danzaba en miríadas de astros y de nubes.

"¿Por qué no lo tomas?", quise saber, solicitando. "Si la vida te lo ofrece, ¿qué te detiene? Nada te lo impide, sólo dime que sí".

Pensabas que para mí, era sencillo. Dijiste que no era cuestión de un "sólo": Yo no tenía un lazo que me detuviera. Nada me limitaba, ni me ataba. Mi propio país estaba muy lejos, al otro lado del vasto mar. "Para ti, es fácil", me señalaste, y entendí que con eso, también argumentabas lo difícil que era para ti. Mas no me era simple, en absoluto.

"¿Crees que yo no siento el fantasma que te ronda?", te pregunté, ciñendo tus manos, que me alejaban, mientras el fresco viento de la noche soplaba en mis sienes ardientes. "Lo que tú no puedes hacer, tampoco yo puedo hacerlo. No hago lo que deseo, lo que deseara", insistí. "Lo que a ti te detiene, también lo hace conmigo. Tus limitaciones son las mías".

"Y, ¿qué desearías?", me preguntaste, soltando un poco la tensión de tus brazos.

Cubrí tus manos, y luego las uní, aspirando su olor; me dejaste besar tus manos soñadas en noches interminables, tejidas de afanes; besando tus dedos, cubriéndolos con un suspiro: El del aire entre luces, cuando te extraño; el del viento cargado de visiones, de circunstancias; en tus dedos deposité besos, de los que nacen los ensueños por lo ansiado.

"No deseo poco, ni por poco tiempo", te afirmé, observando tu mirada, sin soltarte; tu respiración era rápida, pero no más que la mía. "Deseo que me ames, mucho tiempo, y no a medias, sino por entero", afirmé. "Ámame, como yo a ti".

Y el viento sopló, en las calle, entre las acacias, encendiendo las farolas.

"Yo no sé si me amas", respondiste, con tus palmas en las mías... ¿Por qué lo que haces me fascina de ese modo? Parece que cada uno de tus actos me toca el corazón; tus dudas me llevan a jurártelo todo. Tu voz es una red que me envuelve el espíritu. Cuando caminas, estoy seguro de que tus pasos guardan un misterio. Cuando hablas, haces pequeños movimientos en los ojos, o en las cejas, que me seducen. Tus planes me son tan importantes... Entonces, te miro completa, como lo hice esa noche: Deleitándome con tu silueta; igual a cuando miras por la ventanilla del vagón, hacia el túnel.

"Sí, lo sabes", aseguré, soportando el deseo quemante de sentirte más cerca, "por supuesto que lo sabes, tú sabes que te amo".

"No, no lo sé", repetiste. "Tú puedes hablarme de amor, pero buscar otra cosa".

Denegué, con rebeldía de que pudieras pensar eso. "De buscarlo, ya sabría que no estás dispuesta. Debes conocerme un poco, debes saber que te hablo de amor".

Y una vez más, te negaste. Me soltaste, y volví a sentir los lazos destensarse, sin romperse, mas separándonos.

La danza se detenía. "Está bien", te sonreí, con afecto, dejándote ir, con suavidad. "A ti, menos que a nadie, yo buscaría engañar. Y si para mostrártelo he de permanecer quieto ahora, eso haré, por difícil que me sea".

"¿Quieres tomar un café?", te invité, y para que te relajaras del todo, te tomé de las manos, de nuevo, haciéndote levantar de la silla. "He traído café, colombiano. Lo prepararé".

Reíste conmigo: "¿Esto haces con todas?"

"¿El qué?"

"Ese modo de cambiar", explicaste. "Aunque te digo que no, acaba pareciendo que tú me rechazas a mí, satisfecho de no sé qué, y yo ignoro cómo debo sentirme".

"No lo hago con todas, y además, dime dónde están esas *todas*", afirmé, sinceramente, conduciéndote de la mano, a tu cocina. "En realidad, hasta que te conocí no había actuado como ahora... todo lo que hago, es por tu culpa".

Te tengo y no te tengo, pues hay cosas que sí me permites, pero sin llegar a más. Me dijiste *no sé*, y por eso, no me rechazas por completo: Poco a poco, me has permitido acercar más. Me has aceptado como tu admirador, y quiero suponer que, como nunca me propaso —por más que el deseo de propasarme, me atormente—, me has dado la confianza de pequeñas, grandes cosas: Me permites tomar tu mano, cuando vamos por la calle, o en el metro; puedo besar tus palmas, cruzo tu brazo con el mío, te doy fugaces besos en la mejilla, aun cuando sea con cierto tono de juego, donde tú me dejas ser.

Buscas estrechar mis manos, sin decir nada. Me tiendes las tuyas, mirando mis dedos, y percibo tu sencillo placer, y pienso que esperas, como yo, el momento de tocarnos. Posiblemente ignores que, si un día eso me arrebatas, me dejarás sumido en la angustia... Mas no pienso en tal día, como me he acostumbrado a no decirte que viajo contigo en el metro, sólo para estar cerca de ti. La conciencia me remuerde un poco, por no confesártelo, pero no voy a ceder un centímetro del terreno conquistado. No, hasta que lo sepa seguro.

También descubro otras cosas. Lo pienso, al verte desde mi escritorio, en el Instituto, cuando cruzas brevemente por mi umbral al ir hacia tu aula, y volteas hacia mí, por un instante. Pienso que sientes placer al verme, como cuando al irte, sola, algunas tardes, me diriges una última sonrisa esplendorosa. Creo que tomas mi admiración por ti como un halago, y que incluso sacrificas parte de tus recelos, para darme un poco de felicidad. Sabes que estoy enamorado de ti, y yo nada podría reprocharte si eso te complace, si te doy un poco de ilusión.

Tus palabras, son verdad. "No es solamente un beso", sonríes, cuando vuelvo a insistir, al pasar por la estación Vltavská; sin embargo, ahora toco la comisura de tu boca. "Un beso trae otros, y ésos, traen otras cosas", añades. No puedo desmentirte. Lo sé, cuando tomo tu mano en el Jardín de Vrtbovská, el esplendoroso vergel dispuesto como pintura barroca, desde donde vemos el Castillo de Praga, y en donde llevo tus dedos de vez en cuando, a mis labios. Tienes razón. Una caricia trae otra, y eso es justamente lo que busco, mi dulce alma, mi dulce *duše*: Que me beses una vez. Que me des tu boca una sola vez, en este lugar, en esta tarde clara, de resplandor igual al de los astros que serán visibles, en la noche; para atraparte en un festival de caricias, donde ellas dibujen una máscara destinada a caer. Con caricias te envolveré, y no habrá más que hacer, pues yo soy tuyo, ya.

Decirte que será una sola vez, una vez única, para que con su contacto vengan otros. Como un recuerdo tuyo nos separa, no tengo más remedio que entramparte, para alejarte de él.

Yo no supongo que mis besos sean inolvidables. No pienso en ellos, alguna magia. No entiendo otra magia que la tuya. Mas las caricias amorosas abrirán la puerta, pues, si me aceptas, verás que no te miento, que no existe algo por lo cual, temer que el pasado se repita.

Sí, te tengo y no te tengo, amada mía, mi hermosa deseada de Praga... Te tengo en las calles sinuosas de aire ligero, donde te recuerdo; en esas fachadas donde convive el presente, con el esplendor de un pasado que late en sus piedras, en sus monumentos heroicos. Te tengo en sus frontones y en sus esculturas, de motivos mitológicos, sobre las puertas; eres mía, un poco, bajo los ventanales *Art Nouveau*, de dibujos entretejidos de hierro. Y te respiro en la casa de Jan Neruda, en la casa de Franz Kafka, en las aceras del Barrio Judío, al lado de sus sinagogas, bajo sus acacias; en las callejuelas donde uno espera ver transitar a un ser fantástico, hecho de palabras cabalísticas: Ese ser llamado Golem, nacido de la fuerza de la Creación, brotado al mundo en aras de un ensueño imposible... Pues mi mundo se ha creado con la irradiación de magia en tus palabras, y éstas trazan una Cábala de ocultos ensueños, que me esfuerzo en comprender. Me parece que los

pensamientos insomnes del Expresionismo, y todas las personas que por estas calles transitaron en un tiempo ido, tejiendo una red de felicidades, de inmerecidas penas, de largas luchas invencibles, continúan aquí, y han dejado sus horas, el eco de sus palabras, impresos en la piedra. Por eso pueden respirarse, se perciben, se desprenden de los edificios modernos, y en los decimonónicos, así como en las estrechas, sinuosas calles medievales. La gélida belleza del invierno será sustituida por el color de la florida primavera, que embellecerá, con sus encendidos cerezos, los parques y los campos, y que traerá sus matices a las ventanas; esas ventanas que casi nunca permiten ver hacia dentro, como siempre tú te ocultas, para mí, en el invierno de la ciudad.

Muchos gestos tuyos, me agradan. Cuando me ves con otra profesora en una situación intrascendente, así sea andar unas calles hasta el Instituto, o si le llevo los libros hasta su aula, surge en ti un aire atractivo, como si descubrieras otro sentido en mis actos; como si mi hablar con ellas significara algo más, y tú supieras qué es. Al cruzarnos en esos momentos, miras hacia abajo, por unos segundos, y adelantas un poco la barbilla, con expresión de sorpresa reservada. Ese gesto te debe ser particular, varias personas deben conocerlo, y pienso que uno de tus temores debe ser que se prefiera a alguien, más que a ti. ¿O es que, piensas, *yo* puedo preferir a otra mujer, por sobre ti? Jamás. Sucede que, desde que sabes que te amo, me he hecho más desenvuelto, más abierto, como si toda persona me simpatizara por principio. Y al verte así, contemplo tu gesto encantadoramente resentido, casi caprichoso, y tu boca me es lo más deseable nunca visto, cuando formas ese guiño, de algo que tú misma, impides sea un reclamo. Después, me hablas con naturalidad, pero algo hay de sanción en tus ojos, pues me miras menos, deliberadamente. No tratas de hacerme ver tu reacción, ni de llamar mi atención; es que te guardas cierta inquietud, un grado de competencia femenina. Me gusta pensar que tienes el convencimiento de que eres especial para mí, y de que solamente contigo, debo adoptar ciertas actitudes.

Otras veces, cuando deseas oírme hablar en español, e intentas pronunciar palabras en ese idioma —aunque lo hablas en más del ochenta por ciento, como muchos checos—, yo busco términos, artículos y núcleos del sujeto, donde surge confusión con el género, para ayudarte a ampliar tu manejo de esa lengua. Y me encanta que, en español, conserves los timbres de tu idioma: Más de un acento, en una palabra; tus eses sibilantes; cómo a veces empleas el “tú” y en otras, el “usted”; tu eco melodioso cuando unes las consonantes,

semejante al de morder un durazno de oro. Tu voz es grata, me deja sentir un estado de ánimo festivo en el matiz, final, de las palabras, y en ellas, transmites un aire de inocencia.

¡Ah, si tan sólo me dijeras que sí...! En las noches solitarias, me desvivo imaginando que te escucho: "Sí", diciéndome: "Sí, Umberto". Me imagino acariciándote, imagino que tú me acaricias... Pues hasta que has llegado, el goce amoroso se me revela como una forma de vivir los sentimientos. *Hacer el amor*... Hasta conocerte, yo detestaba esa frase, me parecía hueca, fácil, por tener, para mí, un matiz meramente carnal.

Hacer el amor, contigo... Hoy, ¿de cuál otra forma podría expresarte que te amo, cuando no sé cómo explicarte que el corazón me duele, de pensar en ti? ¿Cuando de tanto repetir que te anhelo, guardar silencio termina por ser preferible? En ese mutismo, la única forma de hablar sería en las frases de las caricias: *Hacer el amor, contigo*... Tú y yo, de mí para ti, de ti para mí... el cariño pleno, la verdad última; la hora donde el otro es más importante; el abrazo puro de lo más esperado, cuando la unión habla por entero y nadie más lo sabe, sólo dos. No sólo tenerte, sino que tú también me tengas, amor mío, en ese momento donde nadie puede disfrazar los sentimientos; la hora de decir todo, de entregar todo: Espíritu, corazón y cuerpo.

Mis horas transcurren, y tú no estás aquí. Me levanto de la cama, insomne, y voy al escritorio, para tratar de estudiar. Finalizo apoyado en los libros, con la lámpara encendida, con los puños cerrados sobre la frente.

Asomo a través de la ventana. Al pie de mi edificio, por la calle, desfila un correr metálico de autos particulares. Allá, abajo, descubriéndose al atravesar conjuntos de árboles, los vehículos pasan, rápidos, con los fanales encendidos, iluminando destinos desconocidos. Y cientos de metros más allá, se extienden edificios, tejados en sucesión sobre farolas citadinas, dentro de un mar enigmático, abrillantado por focos en las fachadas, frente a las que autos solitarios, permanecen estacionados... Los colores de Praga son tonos pastel, azules, aguamarinas, palos de rosa, acompañados por rojos ladrillo que hablan de otra vida, de otros lugares, de otros mundos.

Me apoyo, en el frío cristal de la ventana. La temperatura es inclemente, afuera. Siento, entonces, el calor de mi frente contra el gélido cristal; veo empañarse su transparencia, cuando respiro. Esta noche forma parte de una procesión de oscuridades taciturnas, plagadas de luces eléctricas y mudas; de construcciones colmadas de ensueños,

iguales en su soledad y en mi añoranza. Me atan, en un limbo del que tú tienes la llave, la cual yo sólo sé que existe.

La imagen de tu rostro me asalta, l tu voz llena el silencio de las horas.

Te beso tantas veces, sin tocarte.

Hacer el amor, contigo. Sí, contigo. Pero las horas transcurren, el reloj avanza, y tú no estás conmigo.

En ocasiones, el estira y afloja tiene un tono ágil, llano, fluido, sin conflictos. La noche cuando salimos del Teatro Negro, de presenciar sus escenarios creados con poesía, surrealismo y un dominio único de la técnica de "luz negra", caminamos entre los locales de recuerdos y de alimentos, por la calle reducida, dos más entre los cientos de transeúntes infatigables que recorren la ciudad, cada noche. Las calles de Praga son columnas interminables de gente maravillada, perfectamente inscrita en un ambiente que fluye en marejadas. En juego audaz, te tomo por el talle, como se dice en mi país, medio en serio, medio en broma, "al modo de mi tierra". Es decir que, sin dejar de caminar, te abrazo por la cintura con maliciosa sonrisa, y atrayéndote hacia mí, te doy un breve beso, en una de tus pequeñas orejas.

"No hagas eso", me adviertes, sonriendo, apartándome, sin detenerte.

"¿Por qué?", te pregunto, fingiendo ingenuidad.

"Eres una tentación", respondes. Y yo aclaro que no, que *tú* eres la tentación, pero internamente sorprendido por el elogio, tomando nota de él, el mejor que nunca me han dicho, y que permanece en ecos, en mi cabeza.

Así, insisto, más por complicarte que por creer en tu frase. Pienso que hacerte hablar, es un modo de liberarte de tus temores.

"¿Te parece, lo soy?", pregunto, y rodeados por turistas y locales comerciales, vuelvo a besar tu linda oreja, acompañando al contacto, con una suave inhalación.

"Sí, pero no hagas eso", ríes por mi pillería, alejándote unos pasos, de costado.

"¿Me comporto bien, entonces?", inquiero, buscando escuchar lo contrario.

"No sé qué entiendes como bien", comentas.

"¿No te toco, dejo de besarte?" Yo finjo estar conforme de antemano con cualquier contestación, mas en el fondo, te dejo en la jugada injusta de que la responsabilidad de decidir, sea tuya. "¿De una vez, *forever*?", sobreactúo. Claro, de decirme "sí, ya no me toques", me negaré, como jugando. Y no preguntaré nada perjudicial para mí, ni te

facilitaré la negativa. Por lo menos, en lo que estamos a pares, es en que nos complace tocarnos.

Tú miras bajo, algo sonrojada, al internarnos entre más personas y locales abiertos, que proyectan luz cálida sobre las aceras. Tu rubor me deleita, me dice que no estás inalcanzablemente lejos.

"No", susurras, como pensando. "Me gusta que me beses".

Ninguna batalla podría ser vencida de modo más delicado, que con esa frase pronunciada con cierta timidez, pero con fuerza irresistible. *Me gusta que me beses*... me repito mentalmente, y en tu voz, eso me es tan placentero, tan emocionante... Cuando para evadirme explicas algo, me provocas mareos; tienes una forma peculiar de decir las cosas.

Por eso, la conciencia vuelve a roerme, pues lo siguiente es jugar contigo; mas en verdad, me lo perdono sin mayores obstáculos, pues deseo que lo admitas. Yo no busco una satisfacción, sino que hagas real la emoción, por decirla.

"¿En verdad?", aparento sospecha. "A veces, pienso que no sientes nada".

El rostro se te ilumina, con sorpresa vivaz. Me sonrío contigo, feliz de que ese momento es como conquistarte.

"¿Nada?", me remedas. "¿Piensas que no siento nada?"

"Pues... sí. Sospecho ser el único que sufre, como un santo. Me derrito oliéndote, mordiéndote, abrazándote, mientras te pareces peligrosamente, al hielo".

Te me acercas, con indignación solazada, y me pinchas un brazo con las uñas, apretando un poco las mandíbulas, para remarcar tus palabras: "¿Ah, sí? ¿Crees que no siento nada, que soy de piedra?"

"Ah... no lo sé", sonrío, adolorido, sin soltarme. "¿Eres de piedra?"

"No, no lo soy", respondes, buscando que el pellizco me duela, y ese instante de hablarme tan claramente, con énfasis de excitación involuntaria, parece la promesa de que una noche esplendorosa, una noche de gloria, corazón, serás mía... Me oprimes el brazo, suavemente impacientada de que no te crea.

"No soy de piedra, embaucador", afirmas.

No sé por qué me has llamado así, pero me suena como si hubieras dicho "mi vida", y atraigo tu rostro, con suavidad, dándote un pequeño beso, en la mejilla.

"No, en verdad, no pienso eso", confieso. "Yo pienso en ti".

Pasos adelante, te pregunto: "¿Sabes que me gustas?"

Ríes brevemente, un poco viendo hacia arriba, como destensándote: "Ah, sí, eso sí lo sé, sé que te gusto, lo demuestras muy bien".

"Y yo, ¿te gusto a ti?" Eso, sí deseo oírlo, para que las palabras te comprometan, pues en verdad, pese a tus señales, no lo sé, o no quiero creerlo; no quiero engañarme, si no me lo dices. A pesar de que tenemos un grado de relación íntima, ésta no es formal, y pienso que podría romperse en cualquier momento.

"Es posible", respondes, sin mirarme.

Bajas la mano por mi antebrazo, y entrelazas tus dedos con los míos. Me sorprendes, me cautivas: Es la primera vez que haces eso, la primera ocasión en que tomas la iniciativa de un contacto prolongado. ¿Es que tus dudas comienzan a desvanecerse? Tu mano me hace guardar silencio, fascinado. Los citadinos llenan la calle Karlova y los meandros que nacen de sí, junto con una enorme cantidad de turistas.

Esta noche, no te acoso más, envuelto en la realidad maravillosa de ir contigo, con nuestros dedos entrecruzados... Pues ningún sueño, como tampoco ninguna realidad, pueden ser más deleitables, más entrañables, más absolutamente seductoras, que caminar contigo por esta avenida nocturna, sintiendo tus dedos, entre los míos: Su suave firmeza, el contacto abierto de nuestras palmas, donde tu piel es un ensueño palpable, terso. Y sobre todo, que seas tú la chica que vaya tomada de mi mano, con tus cabellos largos, tu nariz breve, tu boca henchida de misterios, y tu mirada ocasional en los escaparates, en las señalizaciones de las calles. Tú, observando los vestidos, por las vidrieras de las tiendas cerradas; tú, viendo hacia lo alto de la iglesia de San Miguel, el sacro edificio elevado desde el claroscuro de la acera; ambos rodeados por las luces de los cafés, donde se habla en checo, en inglés, en alemán y en español. Tú, esta noche de noviembre, estrechando mi mano, cuando las candilejas son estrellas; tu figura hermosa, mía y no mía, espigada, llamativa, por las calles de fantasía, por las vías sinuosas donde los mercaderes hacen bailar a títeres, afuera de los locales; contándome lo que te ha sucedido, en aceras todavía más reducidas por las personas en tránsito, por los taxis estacionados; tú, acariciando mis dedos, aunque no hables, como diciéndome: "Te tengo presente". Y luego tú, alma mía, observando los escaparates de locales donde se vende papel carta, tinta y puntillas; cuando frente a sus anaqueles de madera, que exhiben vértices de metal coronados con plumas, de encendidos verdes, rojos y azules, volteas a verme, y me dices, sonriendo dulcemente: "Yo también pienso en ti".

Días después, experimenté un leve sacudimiento, cuando al final de la jornada te pregunté si te acompañaría, y me respondiste casual, cerrando tu bolso: "No, hoy no iré contigo".

Yo asentí, y extrañamente, más que la frase, me inquietó ver tu movimiento con el accesorio, pues era como si te prepararas para algo importante.

"El profesor Renato me invitó al café Slávia", comentaste.

Recordé que ese profesor era italiano, de Padua, e impartía cursos de su idioma natal en el Instituto, al público en general. Alguien me había dicho, como noticia curiosa, semanas antes, que tú le atraías; ahora lo recordaba.

Ah... ¿tenías una cita?

Existe fama de que en Latinoamérica, los varones tenemos un sentido tribal de la pareja, pero eso no es del todo preciso. Es como suponer que, en las zonas rurales de mi país, los campesinos se recargan en cactus, ebrios de tequila; de que la fiesta brava es el espectáculo nacional o de que, como insisten erróneamente los filmes estadounidenses, la música española es típica o de que México, con suerte, es una California afrancesada.

Bien, sí existe sentido de la exclusividad, pero no todo mundo es un troglodita, he de decir. Hoy día, difícilmente existe molestia porque una mujer vaya, sin su contraparte, a un café, a un bar o a una reunión de amigos; sin embargo, y pese a que en realidad, yo no tenía una relación formal contigo, es decir, nada por lo cual esperar un grado de fuero razonable, me incomodó el que no pudiera acompañarte, por tú ir con un profesor al cual, le interesabas. Temía que terminaras por acostumbrarte a tus evasivas hacia mí; a que vieras mi admiración como algo que no requería de respuesta.

Y los atavismos pueden pisotear, alegremente, a la civilización... "Además", pensé, intranquilo, "el infeliz es bien parecido, ¿y si a ella, él le atrae?"

Luego, el terror desbocado: "Santa Virgen de Guadalupe... *¿y si me la gana?"*

Antes de venir a Europa, me había sorprendido ver filmes del continente donde los casos de infidelidad *in fraganti* eran civilizadamente tomados; con dolor, pero en paz. Ay, por lo que yo sabía, en mi tierra, aquello habría desencadenado catástrofes.

Lo tuyo no podía ser calificado de infidelidad: Era un caso de celos por mi parte, pero asentí, neutro, y bajamos al estacionamiento.

"Bien... Te veo mañana", murmuré, dirigiéndome, sin más, a la salida.

Según yo, me comportaba con urbanidad, con madurez, cuando eso fue lo que te reveló mi molestia; pues yo no había formado la algarabía usual, al despedirme.

Hubo una pausa.

"Telefonéame", dijiste.

"Claro, te llamo a las ocho", respondí, como al acaso, sin detenerme.

"Mejor a las diez".

Resoplé audiblemente, casi poniendo los ojos en blanco, deseando llegar a la calle conducido por pequeñas alas, agitándose prestas, en mis orejas.

"No me vas a llamar, ¿cierto?" Y agregaste: "Te conozco, te vas a vengar".

Yo fui de asentir, a denegar con la cabeza, y luego, a asentir de nuevo. "¿De qué me voy a vengar?", dije, volteando un poco. "¿Tendré motivos, acaso?"

"¿Qué vas a hacer?"

"¡Dios!", pensé, a punto de estallar, "¿cuál es el objeto?"

"Calificaré exámenes", contesté. Igual hubiera dado que la salida a la calle estuviera en Budapest.

"¿En verdad vas a hacer eso?", reiteraste.

"Sí, lo haré", afirmé, alzando los brazos, viendo al cielo, sin entender el sentido de tus preguntas. ¿Por qué me presionabas? Mas cerca de la acera, y sintiendo que a continuación te irías con aquel buen profesor, como si hasta entonces me diera cuenta de no poder evitar el hecho, no pude evitar, añadir: "Posiblemente, también diré que todo está perfecto. Y si hago más, bailaré de contento".

"¡Estás armando una escena de celos...!" Tu voz aumentó de volumen: "¡Es increíble!"

"¿Yo?", pensé, extrañado, "pero, ¡si no he dicho nada...!" Y respondí, ocultando que tenías razón, mezclando el recelo con la impaciencia: "Me parece que tú buscas esa reacción en mí, pero si quieres hacerme hablar, diré que yo sólo me limito a desear lo que no puedo tener, y a ver pasar el tiempo".

Te enfureciste, casi gritando: "¿Me vas a dejar hablando sola? ¡Regresa...! ¿Ya entiendes por qué rehuyo al compromiso? ¡Para que nadie sienta que le pertenezco!"

Caminando hacia atrás por un momento, señalé al cielo.

"Bien, y hazme un favor: Cuando tengas el valor para tomarte algo en serio, ya conoces mi número telefónico... si es que no fui al cine, con mi secretaria".

A la mañana siguiente, el profesor Renato, por quien ya experimentaba una entusiasta animadversión, daba vueltas cerca de mí en la Biblioteca, soslayándome. Exasperado, estuve a punto de ir a él, para saber de una vez por todas qué deseaba, pero en eso, con duda, él se decidió, susurrando:

"Disculpe, profesor Córdova, usted es pareja de Ludová, ¿cierto?"

"¿Porqué me pregunta eso, colega?", le sonreí dócilmente, abriendo un libro con escasa paciencia, tratando de hablar en voz baja.

"Eh... ayer la invité a Slávia. Confieso que mi interés no era sólo amistoso".

"Oh, ya veo", asentí, con falso interés y como si no lo supiera, pronto a dedicarme al libro, que tenía de cabeza, dejándolo así para no mostrar la pifia. "Y, ¿ usted a dónde quiere llegar, si me permite la pregunta?", añadí.

"A que me atrevo a darle un consejo, pues estimo a los dos".

"Ah, ¿sí?" Juro que si hubiera podido mover los dedos de los pies, lo habría hecho.

"Sí... verá usted, mi plan fue un fracaso. En Slávia, no tuve tiempo de conversar mucho con Ludová. Todo el tiempo ella habló de usted, enojada".

"¿Enojada? ¿Conmigo?", estupefacto, alcé un poco la voz.

"Sh... no grite, por favor... sí... debo decir que *muy* enojada... No me ponía atención. Verá, cuando era su turno de decir algo, estallaba, despotricando no sé cuántas cosas sobre el carácter americano, y cómo usted era insoportable, y que no había nacido quién lo entendiera, como no fuera una mujer del siglo antepasado". Yo lo escuchaba, atónito. "Luego, dijo algunas palabras duras, creo que en español, contra usted", agregó. "Yo nunca las había oído, pero el tono, era claro".

"Debe ser, yo se las enseñé", murmuré, más bien para mí. Tú no habías querido instruirme en palabras fuertes, en checo. Incluso, no te había escuchado ninguna, tampoco en español, por más que te lo pidiera, atragantándome de risa.

"Le comento esto, con toda discreción", el profesor Renato llegó al punto que él buscaba. "Se lo digo, para darle este consejo: Sea usted más considerado con ella, no abuse, Ludová es una buena persona, se nota que lo quiere. Lo envidio".

¡Me envidia!, pensé, riendo, al alejarme por Davídkova, en franco clima invernal que imponía el uso de abrigo y guantes. Yo iba como un espécimen de tren rechinante, dejando una estela de vapor ajetreada. ¡Envidia, de mí, una especie de marioneta, feliz de estar en las manos de ella!, pensé. Me quiere, y no me quiere. Acepta mi amor, mas no todo. Siempre dice tener la razón, y si le muestro que no es así, sólo lo niega. Me evade, y cuando me ve alejar, me llama de nuevo. Dice que no tengo derecho de sentir alguna exclusividad para con ella, pero le molesta que cargue los libros de otra profesora. Todo se reducirá a que me dejé llevar por los celos, a que sobreactué, y lo peor de todo, habré de ofrecerle una disculpa.

Decidí no hacerlo, no decirte nada... Y sin embargo, el cuadro que el profesor Renato me pintara de ti, me hizo sentir como un individuo bastante injusto. Me pareció alguien liberal, amable, y me percataba de que esas características no se confrontaban. También me fue simpático, pues él había presupuesto mi comprensión con su sinceridad. Además, su frase de que me querías, eliminó, de tu imagen, mi percepción de egoísmo.

Pensaba en evitarte si estabas por ahí, aunque con la contradictoria esperanza de verte. El camino se me hizo largo, por no escuchar tu plática, y vi que me dirigía a Ládví... Comprendiendo mi error, pues no tenía porqué ir al metro si no te acompañaba, te descubrí en la entrada de la estación, mientras leías un semanario alemán.

"Bueno, ¿y qué?", me preguntaste al verme, fingiendo dureza, con el *Der Spiegel* abierto. "¿Continúas con esas tonterías?"

Me detuve, como vencido, sólo por verte leyendo, por la forma en que el viento te removía los cabellos, y porque tu enojo te hacía ver guapa.

"No, por supuesto que no", te respondí, deteniéndome, suspirando.

Dijiste que teníamos tiempo para una copa. Cerca, estaba el *Elena*. Renuncié a tratar el pequeño punto de que en realidad, yo no había armado una escena de celos; haberlos sentido, era otro tema. Mas tenías razón en lo esencial.

En el bar, me amonestaste un rato, antes de hablar de otras cosas y de entrar ambos a Ládví, y de despedirnos con un suave beso en las mejillas. Sentados a una mesa, tu tranquila reprensión fue sobre lo absurdo de la posesividad, imprimiendo una dureza a tus palabras que sonaba poco veraz, a ratos señalándome con el índice, viéndome, y en otros, como tomando impulso al ver a la mesa. Te escuché, apoyando la cara en las palmas, un poco enamorado, un poco manso. Esa fue una bella tarde, de escaso tráfico, y de mucho viento entre los edificios de tonos rojizos, cortados por el paso de los atestados tranvías blanco y bermejo, en la curva de la avenida. ¿No será, pensé al escucharte, que somos novios en esta tarde invernal, y no nos hemos dado cuenta? ¿Por qué he venido desde mi país hasta esta calle, a esta hora, para oír a una mujer de otro idioma, reconvenirme como lo hace una novia? ¿Era mi destino viajar tantos kilómetros por encima del mar, ver Londres desde el cielo surcado por el tortuoso Támesis, y la cristalina Ámsterdam, para descender, directo, en el vasto país de tus ojos? ¿En cuál punto del vuelo se anunció su verde claro? ¿Fue en la noche del despegue, o en el aterrizaje, al atardecer, en la ciudad de van Gogh? ¿O en el cambio de vuelo que mostró, de noche, la dañada iglesia del Káiser Guillermo, en Berlín? ¿O cuando viajé en autobús, de Dresde a esta capital, fascinado por la belleza de los campos? Lo ignoro. Solamente sé que durante un crepúsculo dorado, te descubrí en la metrópolis de ensueño, en la enigmática Praga, y que desde entonces, cuando fui tras de ti como siguiendo un destino, ya no conocí otras geografías que las de tu voz, ni vi más ciudades que las nacidas en tus dedos, ni viajé por otros firmamentos, que por los de claro brillo en la promesa de tu amor. Todo hecho de travesías medievales, de alquimistas, de poetas; hecho de tu reprensión, sabia y transparente, donde me hacías ver lo absurdo de mi actuación. Cuando finalizaste y me preguntaste: "¿Todo está bien?"... tu

mirada cambió, como conmovida, como si no supieras la forma de parecer tajante, cuando, todavía sosteniéndome la barbilla, te observé, expresándote lo que me producía aceptar la extraña providencia que me tenía, ahí, contigo: "Sí", asentí, "te amo".

Praga es orgullosa de su herencia y refrenda sus valores tradicionales, que reciben una corriente de modernidad material. Esto es visible en las obras públicas y en el enriquecimiento de la infraestructura del país. Eso se nota, también, en el comercio, pues, por ejemplo, se abren establecimientos al puro estilo europeo contemporáneo, como este bar a donde me has conducido, el *Perspektiva,* atendido por un equipo de praguenses en donde preparo, contigo, las generalidades de una presentación de las secciones de Español y Alemán. Yo te he pedido vernos, también, porque este fin de semana irás a Dresde. La idea te ha animado y me has traído aquí.

El lugar es agradable, de luces indirectas, de mesas, sillas y una barra minimalista. Me inicias en una bebida que desconocía, *becherovka,* con la que se preparan cocteles.

Tú bebes un Luna Roja, que lleva becherovka, soda y grosella. En tu vaso alto, adornado por una arandela de naranja, el coctel tiene un llamativo tono encarnado. Yo he elegido otro, un Oáza, con becherovka, jugo de limón y hielo. Durante dos horas, acompañados por música pop checa, de la cual pienso debería conocerse más en América, negociamos la presentación que se dará, en inglés, en el Instituto; después, la conversación va de un tema a otro, mientras fumamos.

Me preguntas si no extraño los alimentos de mi país. Te comento que me adapto bien al sitio donde estoy, y que por otra parte nunca he sido afecto a condimentos típicos, como el pimiento. Añado mi creencia inicial de que no encontraría ají en Europa, pero que me sorprendió verlo en los mercados ambulantes de Roma, y en la misma Praga.

Me doy cuenta de que, cuando hablamos, en la animada taberna, a veces paras imperceptiblemente la conversación, sonriendo, y bajas los ojos, para mirarme la boca. Cuando notas que te veo, apartas la mirada, pero en otros lapsos, eso parece no importarte. Me agrada descubrirte esos gestos, como cuando me atrapas contemplando tu cuerpo, y el efecto es que sonríes de forma discreta, con cierta complacencia. Una mañana te vi, bebiendo un café, sonriendo y observándome desde el pasillo, al través de la pequeña ventana en la puerta de mi aula. Ahora, en esta mesa, ante tu mirada, quiero creer que te preguntas cómo sería besarnos, tanto como me lo pregunto yo, cariño.

Otro Luna Roja y otro Oáza después, parece que nos hemos dado una pausa en nuestra extraña relación. En este bar de brillos sugerentes, donde los efectos de la

luminiscencia en los espejos atraen mi atención, como si contuvieran un significado oculto, o como si fueran una noticia de otros horizontes, hablamos sobre temas fortuitos donde, sin embargo, hay atisbos de pensamientos secretos.

"¿Tienes alguna fotografía, de cuando eras niña?", te pregunto.

"Sí, algunas".

"Trae una al Instituto".

"¿Para qué?"

"Para conocer cómo eras, para mirarte".

"Mírame a mí", sonríes, trocando el sentido del breve diálogo.

"Te veo, entonces".

Nos miramos unos segundos a los ojos, hasta que haces un ademán. "Es suficiente", ríes, cubriéndome los ojos, por un segundo.

Aceptas que yo te quiero, pero todavía no aceptas que tú me quieres.

Al cabo de contestarme la pregunta sobre cómo te sientes para mañana, de súbito, la conversación cambia. Quieres saber: "¿Piensas que el pasado es importante?"

Preguntas, evidentemente, sobre algo en lo que tú crees.

"Por supuesto", digo, "por ejemplo, en el Instituto intercambiamos pasados de gran escala, ¿o te refieres a lo personal? También, pero no demasiado".

"¿Eres de quienes luchan por olvidar, no es así? Tu estancia termina en febrero del año siguiente. Pienso que, entonces, olvidarás lo que vives hoy".

¿Haces cosas para sondearme, como haber salido con aquel profesor? ¿Quieres saber cómo sería yo, en una relación? ¿Me preguntas esto para saber si te olvidaré, si lo que vivimos, solamente me interesa por el lapso que dure mi estancia, en Praga?

"Pienso alargar mi permanencia, modificar mi visa", respondo doblemente: A tu afirmación y a la pregunta que en ella, creo entender. A veces es mejor decirte las cosas en forma indirecta: "Quiero que Praga continúe siendo mi presente".

"¿Te importa tanto? Es una decisión grave dejar atrás todo, tu país, también".

"Sí, pero creo que el presente es el único momento cuando vivimos", afirmo de todo corazón, sintiendo que has tocado una fibra sensible en mi interior. "Tú y yo, en este bar, entre estas personas y la música, es el único instante verdadero. El pasado y el futuro son fantasmas".

"Y eso, ¿no es vivir al día, sólo el momento?", me retas.

"Diría que es no perder la oportunidad. Si la dejamos pasar termina por perseguirnos", me ocupo en decirte lo que realmente pienso. "Cuando nos detenemos con justificaciones o por temores sensatos, un día nos diremos: «¿Porqué no lo hice, porqué no

tuve el valor, porqué no fui por ello, o no se lo dije o no lo probé, aunque hubiera errado? Eso habría sido mejor que lo de hoy, nada», y lo peor es que la oportunidad no vuelve, es demasiado tarde, la vida nos ha llevado por otro camino".

Me miras la boca, sabiendo que me doy cuenta de ello.

"¿Sabes de lo que hablas, o es teoría adolescente?", ironizas.

"Sí lo sé, por desgracia". El Oáza sabe bien, es fresco y dulce. "Te contaré un ejemplo. Una vez, en mi país, una chica que por cierto me interesaba, creo que iba a besarme. ¿Sabes qué hice? Me colapsé. ¿Sabes qué no hice? No la besé, sólo la miré, intimidado, y cuando le dije que me interesaba, era demasiado tarde como para, por lo menos, verla diciéndome que no. Y de ese segundo de miedo me he arrepentido por años".

Entonces, haces ese gesto: Adelantas el labio inferior, viendo bajo, con el cigarrillo cerca de la boca. El instante es breve, pero te miro, con atención abstraída.

"¿Qué te pasa?", me preguntas, extrañada.

"Me gusta ese gesto, cuando haces esas bocas", te explico, algo nervioso, pero cautivado, con verdadero placer, alegre. "Creo que te ves guapísima. Me dan ganas de pedirte que lo sigas haciendo, y morderte los labios".

Apoyas una de tus sienes, en una mano.

"¿Eso es no callarse lo que se siente?"

"Eso, exactamente", afirmo, contemplando tu boca, algo carmín por el coctel, por el Luna Roja, no tan roja como el fuego que brilla en tus ojos, a las luces de la taberna; te tomo de los dedos, con goce intenso, viéndote a los ojos: "Hoy, aquí, esta noche, yo te digo que te quiero. Eres la chica más preciosa que nunca he visto, y estoy enamorado de ti, en el presente, la única hora que existe para nosotros, y de la que más deseo dure mucho tiempo. Soy feliz de ver tu rostro al decírtelo. Son las once de la noche de un 20 de noviembre, y estamos entre gente y luces tenues, y siempre me sentiré dichoso de que lo sepas. Me gustas, tú, tus manos, tus ojos. Me gusta verte dando clases y me siento orgulloso de ti, de que estudies un idioma y te superes todos los días, de verte esforzándote. Tú, mi amada Kateřina Ludová".

Reflexiva, me colocas tu otra mano en la mejilla izquierda, mirándome a la boca, otra vez. ¿Debo acercarme? ¿Debo simular que tu acto me es natural? ¿O debo entender que sólo deseas mirar?

"¿En verdad me quieres así?", preguntas.

Yo tomo tu mano en mi mejilla, suavemente.

"Te lo juro", respondo.

Días más tarde, me extrañó no verte por ningún lugar del Instituto, a la hora de salir. Me acerqué a la profesora Buríková, preguntándole por ti.

"Se marchó hace media hora", me explicó. "Ella tiene unos días, de permiso". Me sorprendí. "¡De permiso! ¿Sabe usted adónde iría?"

"A Hlavní Nádraží,", supongo, y consultó su reloj. "Sé que viajará a Kutná Hora, y Hlavní Nádraží es la estación más conveniente, para evitar el cambio de tren. Ludová debe partir en media hora, calculo".

Lo más sensato hubiera sido ir a casa y esperar alguna comunicación, incluso con la extrañeza de que no me hubieras dicho nada.

En cambio, salí rumbo a la estación. Y lo más lógico habría sido ir en metro, pero llevado por la precipitación, abordé un taxi.

Al cruzar las calles sobre Vía Holešovičkách, y luego por encima del río Moldava, el tráfico de autos compactos me parecía excesivo. Entendía que podía haber mil razones para irte así, desde el apresuramiento, hasta querer mantener tu salida en secreto, por motivos que no tenías obligación de explicar a nadie.

Era yo: Yéndote de ese modo, me asaltaba la noción de cómo, realmente, no tenía nada en concreto contigo. Y si bien era feliz con lo que me dabas, si bien casi sentía que no podía pretender más, mis sentimientos esperaban, para tarde o temprano, lo mismo, o nada en absoluto. Por supuesto, yo no iba a exigirte, y tú no tenías obligación de nada, para conmigo. Pero yo tampoco hacia ti. De golpe, esperar me era ingrato. No estaba conforme con tu indecisión, con ese ir y venir del encanto a la incertidumbre. Bien. Tú tenías razón de que querer sufrir de nuevo, pero si no me querías contigo, que eso fuera franco, de una vez. Lo mejor era que regresaras, sabiendo que yo no continuaría aguardando. Ya me las arreglaría con mis sentimientos. Era cuestión personal volver a casa y ponerme a trabajar, para no vararme en la pena.

Quise cerrar el capítulo antes de que te fueras. Crucé, a la carrera, la entrada de Hlavní Nádraží, con la clara percepción de ser un extranjero, sorteando a personas que recorrían la estación ferroviaria, arrastrando equipajes con ruedas o cargando mochilas. Al consultar la tabla electrónica de salidas y llegadas, agradeciendo conocer lo suficiente el checo, como para entender la información, identifiqué tu tren.

Llegué a la plataforma, entre un mar de viajeros con equipaje y abrigos, cuando el silbato del convoy llamaba a abordar; controladores y policías hacían rondas

Fue suerte pura el que te viera subir por la escalinata de uno de los vagones. En verdad, estaba más entristecido que otra cosa, aun más que desconcertado o impaciente.

Me era clara la inutilidad de mi insistencia, la insuficiencia de mis tentativas. No te hablé, pero volteaste, con pasmo, como si me presintieras, y depositaste la maleta a tu espalda.

Permanecí en la plataforma, y te pusiste en cuclillas, de un lado de las escalinatas; pocos pasajeros subían, esporádicamente, pues todavía no sonaba el último llamado y muchos deberían de estar despidiéndose en el andén.

"Tú eres sorprendente", comentaste, admirada. "¿Cómo supiste dónde estaba?"

"Pregunté a otra profesora, no te molestes con ella, fue muy amable al responder a mis preguntas... ¿Vas a regresar a Praga?", ese tema me fue inevitable. La volatilidad en nuestra relación me producía inseguridad, y pensé que podías irte para siempre, sin avisar. Necesité saber si, por lo menos, seguiría viéndote en el Instituto.

Algo en tu sorpresa me dejó ver que estabas complacida de verme ahí, pero te lo reservabas, más atenta a tu asombro o sin saber cómo interpretar mi presencia.

"¿Porqué no habría de regresar?", dijiste. "Voy a Kutná Hora", agregaste. "Volveré en dos días, mi madre está algo enferma".

"No te pido explicaciones, lo juro, y perdona que venga", te dije, "yo no quiero molestar, y espero que tu madre se recupere pronto, pero... ¿sin despedirte?" Creo que, de fondo, mi dolor fútil era por eso.

Tu respuesta me fue insoportablemente indiferente: "Bien, así fue... ¿por qué a veces reaccionas tan raramente?"

Una callada indignación me subió a las sienes. Me desagradó sentirme en esa posición. Siempre he huido de eso, sobre todo, cuando el tema me interesa.

"Es bueno que lo digas, y te lo agradezco", afirmé, con suavidad. "Es cierto, me parece que yo espero algo que nunca va a llegar. Por eso termino actuando de manera obtusa, pues no conozco bien los límites, y tú, te desconciertas. Discúlpame, por provocarte esa sensación. Yo no quiero que te sientas dividida. Pero también creo que es mejor que lo nuestro, sea nuestro o no, sea como se le llame, termine, aquí, ahora. No puedo continuar de esta manera, formulándome preguntas. No puedo estar siempre pensando en si un día me amarás. Me he convencido de no insistir. Ve a donde necesites y yo haré lo mismo. Tampoco debemos dejar de ser amigos".

Ustedes, las mujeres, saben mucho más que nosotros. Las diferencias están en la forma de pensar. Pero hemos de respetarlas como son, entender que tienen secretos, manera de actuar, y no interferir con ello.

Por un segundo, me viste con curiosidad, en parte desconcierto y, en parte, reto divertido. Contra mi voluntad, me pareciste atractiva, y luché para que mi empeño no se esfumara, como se disolvió cuando me sonreíste, y bajaste un poco la barbilla. Yo traté de

mantener mi talante, preparándome, anímicamente, para los días siguientes... Ya anticipaba que esa noche sería muy difícil, dedicada a cavilar en cómo haría para obligarme a no pensar más. Pero atendí a tu rostro. Y por tu expresión, supe que te preguntabas si yo iba a cumplir con lo dicho, y me pareció que así lo creíste. Mas creo que también te gustó verme así; ver que no sólo tenía palabras dulces; que mi actitud espoleaba tu orgullo de mujer; que mi loca forma de asediarte, la cual me había llevado a la estación, te producía placer. Pues con ello, sabías que me eras terriblemente importante, que me gustabas tanto como para cometer desatinos, y de que te quería al grado de decidirme a lo peor para mí, a olvidarte, incluso en un arranque de puro despecho precipitado; para no atarme por siempre a tus pasos, escapando, para dejar de pensar en ti.

El silbato del tren dio el último anuncio de abordar, y fueron unos segundos, mas, para mí, su instante duró una eternidad. Pues cuando di la vuelta para marcharme, tú, sonriendo, segura de ti misma, me atrapaste por un brazo, haciéndome encararte de nuevo. Y con la certeza de la mujer que sabe hará algo deseado por su compañero, me acercaste a ti, sin levantarte; me tomaste del mentón, haciéndote un poco hacia delante. Y todo se detuvo, los trenes y las horas, los caminos y los días, cuando me besaste en la boca...

Tus labios se oprimen contra los míos, en presión tersa, cálida, extraordinaria por su dulzura, por su sencillez de ternura, de fuego... Y yo te devuelvo el beso, sin moverme, al instante, cerrando los ojos, cegado por ese resplandor intempestivo, inesperado, que me colma el corazón con fuerza irresistible, de sólo éxtasis. ¿Mis palabras anteriores, tus dudas? Las has borrado con la magia instantánea de esa caricia, llena de una risueña sabiduría, anterior a Adán.

Una hora de luz despunta en tus labios cálidos, en tu boca exquisita presionando la mía. Filtrado en ese destello, tu sabor a rosas me invade, y el beso, de suave estallido, me cimbra de pies a cabeza. No sé qué pensar o más bien, no puedo pensar, no quiero pensar.

“No es eso, bobo”, sonríes, al ver mi expresión hechizada, aturdida, tú todavía sosteniéndome la barbilla. “No te lo dije, porque me iba a ser difícil despedirme de ti. Y seguro tratarías de convencerme de quedar, a tu modo taimado”.

En tu dulce y regocijado beso, me dijiste tantas cosas, en fragancia de rubios mirasoles... me hablaste de ser, dos; de aceptar mi amor por ti y que, por ello, accedías a mi obstinación del todo o nada, pues ella contenía la certeza de que contigo nada a medias, jamás; de que perdonabas mi porfía ciega de tenerte. Yo entendí que me querías tanto, como para evitar la influencia que mis actos podrían tener en ti. Me habías evadido esa tarde, porque me amabas. Y resolvías la situación, el final de tu incertidumbre hacia mí, con un beso. Ésas son las cosas que los hombres por lo general no entendemos, cómo una mujer demuestra más su amor con actos llenos de significado, que con las palabras de la necia lógica viril. Pero cuando ese astro de verdades se encendió en la oscuridad, y te vi bajo su sedosa luz azul, yo no necesité más. Yo nunca haría las preguntas agobiantes de la inseguridad masculina, ni el quién fue, ni el cómo fue, ni el por qué actúas de este modo. Me importabas tú y eso me bastaba para todo, para siempre.

Me sonreías, alegre, con ternura, como no lo habías hecho antes, como no imaginé que pudiera suceder, ese día cuando te vi en un autobús, tras una ventanilla encendida por el ocaso. Yo, todavía fascinado, sorprendido por aquel giro de la vida, aún sintiendo el toque de tus labios y su envolvente bálsamo, miré tus ojos, y la noche se encendió en millones de estrellas sonoras... El vapor del tren se transfiguró en fuentes de nubes claras, con ecos de cascada, que revelaron a su través etéreo, una arquitectura de palacios; el silbato del convoy explotó en el llamado decisivo, transformándose en gaitas festivas; los controladores tiraron sus pizarras al aire, desechando los horarios; se quitaron las gorras y tomaron violines, para interpretar un vals; y besándote de nuevo, con dicha casi incrédula, vi de soslayo a los pasajeros soltar sus maletas, abrazarse tiernamente, jóvenes y ancianos, y bailar en suave cadencia, diciéndose lo siempre dejado para después; para decir, por fin, lo que el corazón demandaba expresar y el egoísmo lo negaba: «Si deseas conseguirlo, te apoyaré», «creo que puedes», «aunque tenga prisa, te llamaré», «voy a saludarte, cuando llego a casa», «te pondré más atención, discúlpame», «no te cambiaría por nadie», y mis palabras: «te amo, te amo», mientras tú me respondías: «Yo también te amo». Y cuando dijiste eso, dándome la vida, los niños se vistieron de blanco nevado y llevaron diademas de flores, y canastas, y repartieron palabras afectuosas y caramelos de leche y miel, regalando puñados a los menesterosos, que fueron bellos y sin fardos; el viento trajo, en su soplo frío, el susurro de una sílfide de alas transparentes, venida de confines lejanos, de blancos castillos de mármol en alturas misteriosas, que voló, delicada, por la estación. En esas maravillas, brilló la aurora de resplandecientes rayos, de tus dedos en mi mentón; la sensación esplendorosa de tus labios, en un beso apretado, más indagador y apasionado.

Contemplé tu boca risueña, tus ojos alegres, y juré a la noche, amarte, amarte por completo, mientras yo respirara.

"Puedes ser muy persuasivo, ¿te lo han dicho?", explicaste, seductora, limpiándome tu lápiz labial, mirándome la boca; ese acto práctico, más el tono juguetón y confidente de tus palabras, fueron los de una mujer enamorada que, pese a todo, se propone llevar las riendas del asunto.

Al levantarte, cuando otros viajeros abordaban con su equipaje, y una mujer entrada en años nos dejaba ver su molestia, por interferirle el paso, te tomé de la mano, desde la plataforma del andén.

"Dime", te pedí, "¿eres mi novia, vas a ser mi novia?"

Me oprimiste los dedos, asintiendo lentamente. "Sí, soy tu novia", aceptaste, esplendente. "Soy tu novia, dulce embaucador", me sonreíste. "¿Te gusta la idea?"

Ya estabas arriba, al final de la escalerilla... Te sonreí a mi vez, deslumbrado, dejando que los pasajeros abordaran.

"No podría gustarme más", afirmé, de todo corazón. "No podría ser mejor".

Me lanzaste un beso, con las puntas de los dedos, y cuando las puertas cerraron permaneciste de pie, todavía risueña, tras el cristal.

Caminé, lento, junto al tren que aceleraba, y me detuve cuando abrió la marcha, haciéndote gestos de despedida, con la mano.

Al regresar, llevando en el alma a los astros de la noche, y escuchando el batir de alas de aquella sílfide, posiblemente yo tenía una expresión particular, pues una joven señora que pasaba con sus niños, me sonrió también.

Cuando vuelves, desde que bajas por la escalera del convoy, sonriendo y saludándome entre los pasajeros, voy hacia ti, y nos abrazamos. "¿Cómo está tu madre?", pregunto. Tú me besas, y comentas: "Mejor, pero yo tenía muchos deseos de verte de nuevo".

Te estrecho suavemente, aspirando el aroma de tus cabellos. "Yo también, no sabes cuánto", afirmo. Y después, llevo tu maleta en una mano, y en la otra, tu mano.

Nuestra conversación versa sobre lo acontecido en casa de tu madre, de quien me dices, te preocupa que pase tanto tiempo sola. Pienso que me agradaría conocerla. Luego, me pides te relate los últimos sucesos en el Instituto. En tanto hago una relación de cosas destacadas, te invito a cenar para después de dejar tu maleta, en casa.

Vamos a tu departamento, en la calle Pavlova, atestada de tráfico en la tarde grisácea. Mientras espero en la sala a que cambies de ropa, escucho el transitar de los vehículos, y de los tranvías. De manera sorprendente, el ambiente de tu casa me es nuevo, con sus muebles de madera y el color claro de las paredes, como si no hubiera estado ahí.

Eliges el *De Niro*, que es un restaurante de alimentos árabes, atendido por un turco que se hace llamar por el mismo nombre. Me gusta que, pese a nuestra nueva condición de novios, no sintamos que debamos comportarnos de algún modo diferente, si bien te percibo con mayor soltura. Conversamos: El trabajo, el clima en la ciudad, algo más sobre tu madre, las noticias sobre una puesta en escena en el Teatro Negro; te comento que, esa noche, prepararé la clase del lunes, donde analizaré *La Biblioteca de Babel*, de Jorge Luis Borges. Me gusta sentirte tan próxima, y que hayas acercado tu silla hacia mí.

Avanzada la cena, te pregunto, casual, bebiendo soda: "¿Sabes que hueles delicioso? Debes regalarme un pañuelo".

"¿A qué viene eso?", me preguntas, ocupada en introducir la pajilla, en tu vaso.

"Cuando saliste de la ducha, lo pensé. Ya me había percatado de tu olor. Quiero un pañuelo tuyo, para olerte".

"¿Olerme? ¿Para qué?", me ves con sorpresa, bebiendo tu soda.

"Tienes un aroma de maderas, o de flores, y no es tu jabón, ni tu perfume".

Sonríes, extrañada por mi petición, y luego cambias el tono, por uno más tentador: "Y, ¿cómo se supone que ese pañuelo debe tomar olor?"

"Lo frotas contra tu cuello, o lo introduces en tu blusa, por supuesto... Ahora bien, puedes colocarlo en otra parte de tu cuerpo".

"Hm...", miras un momento, al techo, sonriendo al apretar los labios en torno a la pajilla. "Ya sé lo que quieres".

Al salir del *De Niro*, me dices que podríamos pasar un fin de semana, fuera de la ciudad. La idea de convivir más tiempo, de conversar más, me parece estupenda. Asiento, y repentinamente, me pongo nervioso. Es por otro tema. Tenía decidido esperar a que fueras tú quien sugiriera el tema de la intimidad, para no presionarte, pues sabía que deberías sentirte cómoda y segura. La posibilidad se ha adelantado, insinuada por ti. Toda duda ha desaparecido de tu trato. Eres más, tú. Y sin querer, aprieto un poco tu mano. Me han llegado cuadros a la mente, todos relacionados contigo, y la perspectiva de hacerlos reales me provoca una inmediata excitación. El que eres un poco más alta que yo, siempre me ha llenado de fantasías. Por eso me suben, un poco, los colores a la cara. Tampoco puedo evitar una repentina curiosidad, rara incluso para mí, pues es un deseo no considerado antes, de experimentar el hecho de que somos personas de nacionalidades diferentes.

¿Cómo serás en esa intimidad? Mas pienso que lo decisivo es que seas *tú*, viniendo de donde fueras, y que estemos en esta ciudad. Para disimular, te prometo buscar esta noche, después de dejarte en tu casa, algún sitio por la Red.

Tú te percatas de mi emoción. Una reservada sonrisa de satisfacción te surca el rostro, viendo a la acera, y me parece que me has oído poco sobre buscar el destino del pequeño viaje. Sabías la conmoción que me provocarías. Sabes que me gustas tanto que, si hacemos el amor, perderé la razón por ti, por entero. Y por la forma en que me acaricias los dedos, insistente y cálida, presiento la miel de tu deseo.

Al saber que cada cual adivina lo que el otro piensa, siento que somos cómplices, y las arterias del cuello me laten, desbocadas. Experimento una unión interna, donde te veo de otra manera, como si, únicamente por sugerencias, ambos supiéramos que hemos roto una barrera, que nos dirigimos a un terreno conocido por amor y por exaltación, sin haberlo compartido, todavía.

El lunes siguiente, al entrar por la tarde a la estación Ládví, cuando bajamos en la escalera eléctrica, me dices que no quieres hablar de trabajo, y me preguntas si te dejaré hasta tu casa. "Claro, va a ser la primera vez que yo no baje en Florenc", te respondo, y en eso, recuerdo un tema pendiente.

"Una vez, dijiste que tengo un modo taimado de convencer", empiezo, después que tomas un asiento que he visto para ti, en un vagón semi ocupado. Me he colocado frente a ti, en cuclillas.

"¿Eso te molestó?", susurras, mientras me pasas los dedos por el cabello, como estudiándolo, después de quitarte uno de los guantes.

"Claro que no", te aseguro rápidamente, apoyando una mano en una de tus rodillas.

Este trato entre ambos, más afectuoso, no es algo que surja de pronto; es, más bien, la expresión de algo que ha crecido con los meses.

"Pero he pensado si no lo siguiente, podría ser eso", agrego.

"¿El qué?", preguntas, ocupada en alisarme el pelo de las sienes.

"¿Recuerdas cuando viajaba contigo, en esta línea, al principio? Yo te dije que vivía a unas estaciones de donde bajas, pero la verdad es que no".

"¿Ah, no?", murmuras, y creo que te interesa más que yo no vaya despeinado; añades: "¿Por qué me lo dices ahora?"

"Porque quiero seguir yendo contigo", te explico, algo apenado. "Aquello fue un pretexto, para... para estar cerca de ti. ¿Nunca has ido a mi casa, verdad? Bien, vivo cerca del Instituto, pero necesito que sepas la verdad, discúlpame... No te puedo mentir".

"Ya lo sabía", afirmas, comprobando que tus dedos me han peinado.

"¿Lo sabías?" Yo espero cualquier respuesta, menos ésa.

"Me lo dijo el Director, desde la segunda vez que fuiste conmigo".

"¿Tú lo sabías?", repito, estupefacto. "¿Cómo fue que él te lo dijo?"

"En una conversación en la cafetería, pero yo la llevé a ese tema. Hablamos del tráfico en las mañanas, sobre quienes viven más cerca del Instituto, esas cosas. Le comenté que te debió ser difícil guiarte en el metro, al principio, y me contestó que no lo tomabas, porque prácticamente eras vecino en Davídkova".

"¿Cómo nunca dejaste ver que lo sabías?", pregunto, francamente admirado.

"No sé", te encoges de hombros, muy seria. "Me gustaba que me acompañaras".

Hemos decidido ir a Brno, a dos horas y media de Praga. Un sábado de principios de diciembre, partimos desde la estación de Holešovice, en el tren de las 18:30 PM, abrigados y llevando un par de mochilas y agua.

"¿Recuerdas lo que me dijiste en otra estación, canalla?", me preguntas, como indiferente, detrás de tus anteojos oscuros, cuando estamos por abordar.

"No", río súbitamente, casi resoplando. "Yo no dije nada".

De viaje, sentados lado a lado, conversamos. Al avanzar por la autopista D1, me relatas, entusiasmada, lo que habremos de encontrar, pese a que todavía no es la fecha de su festival cultural. La expectativa de conocer Brno me alienta, y así te lo digo. Luego, vamos de tema, en tema.

Pronto cae la noche, en sombras que cargan a los árboles con un peso incorpóreo, con leves susurros de ramas, y te veo recortada contra la ventanilla del tren. Te has sentado frente a mí, y observas el panorama. En la campiña de Europa, siempre me ha parecido que las cosas se encuentran en el lugar correcto; que los horizontes de sembradíos y de casas son composiciones paisajísticas. Aquellas vacas que pastan, los rollos de forraje, los campos de girasoles, tienen un orden idóneo.

Más allá del cristal, a los árboles y a los poblados, se interponen los vehículos, en la penumbra del campo. Sus luces aparecen de tu lado, junto con los viñedos de Moravia del Sur, y pasan frente a la ventanilla, lentamente, para acelerar y perderse, algo más pausadas, de mi lado.

Los brillos te destacan, fugazmente, marcando tus facciones pensativas, dando inusuales amarillos y blancos a tu cabello. Con el correr del paisaje, pareces sumarte al rápido transitar de árboles, arbustos que quedan atrás, y autos que nos rebasan. Algunos son vehículos particulares, y otros son de carga, que vienen de Hungría. Son veloces pasajeros impersonales, junto con los bosques de troncos apretados, que al pasar revelan anchas extensiones de uvas cultivadas. El tránsito de los automóviles imprime, en el cristal, el color de los fanales, que se suman a los puntos de luz, lejanos, de algunas villas; su resplandor se refleja, apenas, en latidos, sobre tu rostro. Existe un compás extraño en el tiempo donde esas huellas se suceden, como si el mundo transitara en ecos, en efímeras impresiones que insinúan otros mundos, y tú los vieras nacer y crecer. Nadie conoce la forma de ese rompecabezas, cuyas piezas cruzan el mirador y te revelan, momento a momento; son ecos de un acontecer imposible de descifrar, jeroglíficos de luz y reflejos de reflejos, los que acarician tu semblante, ante el panorama que transcurre. El tiempo de esa dimensión en la frontera del cristal, es más rápido que el tuyo, mas tu expresión parece conocer sus ideogramas, leer lo que se mueve tras su cortina de destellos fugaces. ¿Tú vienes de ahí, amada mía, o eres la espectadora de un desfile, tan momentáneo como la vida? ¿Cómo has llegado aquí, para leerte, entre sus ecos? Ese tiempo se esboza en tus facciones, y viéndote, así, yo, que he memorizado tus rasgos, que puedo recrearlos con los ojos cerrados, te descubro disfrazándote con antifaces vaporosos, pintándote de sombras y resplandores frente a un reloj de incontables manecillas, de una región que sólo tú puedes contemplar.

En ese camino a Brno te veo revestida de nueva magia: Bella y silenciosa, coronada de estrellas que reinan, en un vasto cielo azul marino.

Abrazados, esta noche, hablamos, susurramos, sin pausa... Entrelazados en la desnudez de las blancas sábanas, las horas transcurren, sin sentir, entre caricias, a un ritmo que no se detiene, que no se ha detenido desde que, al cabo de un recorrido por el centro de Brno, como si lo hubiéramos pactado, al cerrar la puerta de la habitación nos acercamos el uno al otro, besándonos... Es un deseo febril, casi ansioso, guardado por largos meses, sin esperar más para ser satisfecho... en un abrazo de choque, donde no sabemos cuál parte de nuestros cuerpos, acariciar primero.

No dejo de besar tus labios, al despojarte de tus prendas; al acariciar tus cabellos, mientras te conduzco hacia el lecho, y sabes dónde están mis botones y los sueltas; tengo, en la boca, la saliva de tus besos rápidos, que me capturan, me martillean; me das los

licores frescos de tu boca, con la cabeza un poco ladeada, y tus labios me hacen pensar en tu piel completa, que he de ver desnuda, para adorarla... Te sientas en la cama, en tanto me arrodillo, diciéndote que te amo; y eres una espiga de trigo que me observa desde lo alto, con el cabello enmarcándote la cara cuando, por la ventana, cruzan destellos de ámbar; así, te cargo por las piernas, y la forma en que dejas caer tu espalda sobre el lecho, es flexible e imperativa, de lirio, de cetro, de doncella, de reina...

En esa posición, sobre ti, como un puente, podría pensarse que te domino; sin embargo, me basta con ver tus ojos claros, con apartar el cabello de tu frente, para saber que yo no estoy aquí para tomar, sino para dar... y de esa manera desabotono tu blusa, besando tu piel de terciopelo...

Y cuando nada nos separa, cuando nuestros cuerpos están unidos en una sola persona, te tomo por las caderas, sin dejar de moverme, estrechamente unido a tu pelvis de cristal, de piel sin secretos... El movimiento de tu cuerpo, tu vaivén corto, a veces largo, sin perder el compás deseoso que tejemos, tiene el gusto de una irresistible sensualidad, de un saberte bella; de un saber cómo incitar el deseo, que inyectas a la noche con un voluptuoso gusto de erotismo travieso, haciendo crecer a las estrellas, hasta un cielo que dispara sus límites a una distancia invisible, y que invade mis sienes con cálidas gotas de sudor. Yo busco qué te gusta sentir, y me muevo en ti y repito tu nombre, descubriéndoseme, entonces, lo que yo no sabía: Que mi excitación pudiera crecer hasta ese grado, hasta un punto que surca tu cuerpo hacia lo íntimo, como si buscara alcanzar tu corazón; en un ir y venir que vuelve a un mismo sitio de encuentro, un recorrer que se aleja y se acerca, en suaves choques de un conocerse ávido, insaciable, exigente, y que solicita; una caricia formada de entrar y de estrechar, de oprimir, de explorar; un encuentro que acelera su velocidad.

Y cuando siento que te acercas, que tu clímax se anuncia en tu voz seductora, imperativa, invitadora, me contengo para esperarte, para no adelantarme, mientras en tu boca arde un licor de naranjas, ardiente en la punta de tu lengua, que toco con la mía, como si buscara beber el Sol entre suspiros de no poder más, de ser imposible resistir más.

Espero, y te encuentro, cuando escuchamos nuestras voces en grito de placer o en el estallido del cielo; en un orgasmo resplandeciente y prolongado que revienta en nuestros cuerpos, al mismo tiempo, puntual a la cita, al cabo de tantas noches y utopías... pues yo amo tu alma; pues yo no podría tenerte así, si no te amara, y por eso te lo doy todo, por completo, sin reservas, mientras digo tu nombre una y otra vez, apretándote contra mí, y tú me envuelves por entero, con tu llegar íntimo; con tus brazos de sirena alrededor de mi nuca, con tu rostro hundido en mi cuello, en el lecho de sábanas desordenadas, donde

rodamos, y en donde tu voz tiene un matiz de queja; cuando con tus cabellos, ocultas nuestros rostros enrojecidos, y yo veo el hermoso trazo de tus ojos cerrados, como dolientes, amor mío, envolviendo nuestras palabras en velas extendidas, mientras las estrellas brillan, sobre la mar.

Ah, sí, de ti y solamente de ti; no busco más, ni espero de la vida a otra persona; no deseo que otra mujer, me ame; no sueño, ni fantaseo, ni vivo, ni respiro, con nadie que no seas tú. Es tu alma y tu cuerpo lo que yo amo, y ambos, son lo mismo...

Después, lado a lado, todavía unidos, acariciándonos, tomándonos del rostro uno al otro, en la habitación nuestros susurros vuelan, jadeantes, estremecidos, como si nos viéramos por vez primera; como promesas: *Drahoušku, miláčku, querida, querido... miluji tě, te amo...*

Es de madrugada cuando despierto, llevando tu olor en el mío, respirando su combinación, que perfuma las sábanas con aroma nuevo; sin levantarme, te encuentro de pie, desnuda frente a la ventana, cuya cortina no hemos corrido para ver el paisaje. Tú no ves que estoy despierto, y yo no me muevo.

Al estirarte a la luz de la Luna, frente a la ventana, distingo el baño de plata en el contorno de tu cuerpo. Es un resplandor desde las sombras exteriores, corriendo en pinceladas, que se adaptan a tus curvas. Me parece que naces de la luz, de su encuentro con la oscuridad; que ese claroscuro en esta noche fría donde estás de pie, te hace nacer o te esperaba, para delinearte, cuando extiendes los brazos a los lados, elevándote en la punta de los pies, haciendo un poco la cabeza hacia atrás; la Luna te dibuja con un lenguaje sin palabras, para darte una tentativa de alas, de aletas, con las que nadas en la noche donde nos hemos amado, dulce, intensa, apasionadamente... En la noche que absorbe a los muebles y al espejo negro, estás de cara a un astro plateado que incendia, gélido, la ventana.

Tienes un cuerpo divino. Me maravilla la ventura de haberlo acariciado, de pies a cabeza, explorado sus valles y sus cimas, navegado por sus mares, aspirado las palabras que en sus formas, viven. Hemos repetido nuestros nombres cuando ardió el éxtasis final. Y, ahora, tu silueta de desnudez gloriosa, a mitad de la noche, de frente a la ventana vaporosa, se extiende; y ahora tú, frente a ella, en la madrugada invadida de suaves fulgores; y ahora tú, bañándote en el océano de penumbra y resplandores... Estiras los brazos, te apoyas en las puntas de los pies, y arqueas la espalda. Yo te admiro, tallada en el aire de sombras blanquecinas.

Magnífica, desperezándote, recibes una silente ola de plata, que incendia, con su hálito, resplandores en tu cabello; que hace arder tu cuerpo como si fueras una estatua de carne y hueso, en la cima de tu vida, inflamada de argento etéreo; envuelta en danza aérea, plena de alas, en la hora fría... No sabes que te observo, no quiero que lo sepas: Me basta con verte extender tu silueta asomando a un secreto, o para cumplir con una ceremonia de laúdes y de lunas... No sabes que te veo bailar, desnuda, entre azogue y viento. Pero sabrás que no deseo encontrarme en otro sitio, amor mío, como no sea junto a ti; que no quiero otro momento que estos minutos silenciosos de la unión completa de nuestros deseos. Nos hemos amado en este lecho, y me parece que mi vida ha sido un transcurrir entre expectativas y quimeras, para arribar a esta hora oscura, incitante; que éste es un momento clave de mi existencia, porque gracias a lo vivido, a lo perdido y a lo reconsiderado, puedo admirarte en la plenitud de tu hermosura y comprender que eres misterio y magia, pasión, y que descifras el claroscuro con el movimiento de tus brazos, con la posición que toma tu nuca, tu cabello de velo.

Ah, Kateřina de la ciudad fantástica, *mi oro,* también tú. Oro de alquimia, de poesía... danza así, nunca ceses de danzar, aunque no esté yo... entreteje los misterios; descúbrete al cielo romántico, recortada por el brillo de la ventana y susurra para mí, de nuevo: "Bésame así, tócame así"... ¿Por qué la noche y sus resplandores, en este péndulo de la noche profunda, parecen darte forma? ¿Por qué te delinean, como si te crearan? Ellos no llegan, ni entran a esta habitación como parte de una senda: Han sido convocados desde lo profundo del enigma, por el verde de tus ojos. Y yo soy el espectador de un callado milagro, admirando cómo, en un escenario de Linterna Mágica, de teatro fantástico y serenata, con olor a maderas, a flores, a nuestros cuerpos estrechados hasta el delirio de pedir "acaríciame más", tomas forma en el encuentro entre la Luna y el aire, entre la sombra, y el esplendor. Pues nada hay que justifique esta noche, nada más que la haga existir, que tu emerger plena, de éxtasis, en un navío que surca los cielos, bogando en ébano y en plata.

Quisiste ir a dar un paseo, sola, por un tramo del río Svitava, que atraviesa parte de Brno, y yo aproveché para pensar, a la mañana siguiente. Me arrodillé ante el cauce, con papel y bolígrafo, recibiendo las ondas de su agua fría en las manos, y te escribí algo.

Cuando nos encontramos de nuevo, te tomé por la cintura y tú, sin soltarte, te hiciste un poco hacia atrás, tomándome por las muñecas. "Siempre me abrazas como si llevaras días sin verme", dijiste. "¿Vas a seguir siendo así?"

Todavía estrechándote, admití, algo inquieto: “Me temo que sí, ¿no te agrada?”

“Sí, me agrada, pero me preguntaba si ahora que estamos juntos, vas a cambiar. ¿Siempre serás así de cariñoso?”

“Absolutamente sí, te lo advierto”, asentí, con seriedad caricaturesca, que te arrancó una risa. “Siempre seré tu adorador fiel”.

Nos besamos en los labios, rápidamente, y nos separamos, pero esa caricia tuvo un gusto inédito: En el contacto, hubo un sabor a la noche anterior. Aun en su brevedad, se presentó una pausa, larga, silente, junto con tu breve cerrar de ojos, que avivó el deseo, como si contuviera palabras de promesa.

En el antiguo Palacio Ditrichstein, que fuera casa de los señores de Lipé, íbamos sueltos. “¿Crees en el destino?”, te pregunté. “¿Crees que debíamos conocernos?”

“No lo creo”, me respondiste. “Me gusta más pensar que lo hemos decidido. Sí creo que nos presentiríamos, de no conocernos. Yo sabría que existes, pensando que en algún lugar, alguien podría amarme. Forzosamente deberías existir”.

Imaginé el cuadro que trazabas, viendo a la fachada del palacio dieciochesco. Nunca te había escuchado expresarte de esa manera, y no te interrumpí:

“Te presentiría”, aseveraste. “Desde este mismo castillo, te intuiría. Pensaría que, en algún sitio, vive mi príncipe azul. No sabría quién es, ni dónde vive, pero sí sabría que, de encontrarnos, podríamos ser uno para el otro. Lo soñaría con los ojos abiertos, sabiendo que mis caricias son las que él desea, que mi amor podría hacerlo feliz, que yo merezco ser la mujer de su vida, y que soy digna de que vaya tras de mí, incluso cuando la sonrisa de mi príncipe y caballero sólo fuera un deseo de mi corazón, y su presencia, la suma de mis sueños y mis esperanzas.

“Sí, *má lásko, mi amor*”, me dijiste. “Sé que podría ser así”, continuaste, “yo podría intuir que existes, incluso sin hallarte jamás. Me gusta pensar que tú te preguntarías por mí, caminando, o frente al televisor o preparando una clase, y te detendrías, para examinar la sensación que te invade: En el viento, la sentirías como un deseo esquivo, un llamado, sin encontrarle identidad. Pensarías en mí, en Kateřina, sin comocer mi nombre. Mas supondrías que tus deseos de amor podrían ser satisfechos con ella, a la que sólo puedes imaginar”.

En la noche, llegamos a la iglesia de San Miguel, que data del siglo XIII y que fuera un convento dominico. Sobre la acera en penumbra, brillaban las ventanas de las habitaciones, en los edificios que rodeaban al templo.

Los blancos muros de la iglesia adquirían un matiz ámbar, más oscuro abajo, más claro arriba, hasta que el campanario, de un mismo tono sepia por la iluminación, se

perdía en el cielo. Las farolas arrojaban luz tenue, y las ventanas encendidas de los departamentos resultaban más vivas, en contraste.

De esas ventanas, de cristales cuadriculados, y al través de sus blancas cortinas cerradas, brotaba un fulgor mágico, recóndito... Aquella calle y esos apartamentos, en la altura... Pensé que, cuando había recorrido Praga, me asaltaba la idea de lo diferentes que podrían ser nuestras vidas, si escribiéramos, juntos, una historia en uno de esos pisos... Si estuviésemos en un departamento de ésos, modificando por entero, con su irresistible tentación, el curso de nuestras vidas. He imaginado ver la luz y la sombra de las mañanas y de las noches, desde dentro.

Me observaste con atención, para preguntar: "¿Has pensado en vivir juntos?"

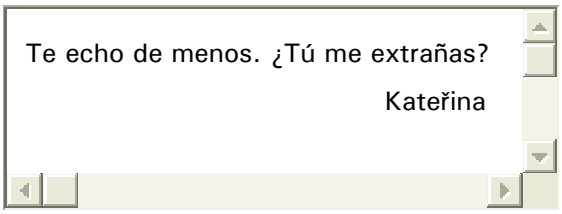
"Sí", te respondí, sonriendo de que adivinaras mis pensamientos, atraído por las ventanas, por la posibilidad que mostraban; más convencido de ello por tus palabras de esa mañana. "Por qué no vivir contigo. Por qué no tener un piso, y dejar que corra la historia".

Has partido al último cursillo de Dresde, en este año. Es 14 de diciembre. Yo salgo del trabajo, hasta tarde. El intenso frío vivifica, se posa en la ciudad; el invierno va en ascenso, abriendo su manto por los aires.

Ahora que no estás, te has quedado: Lo vivo, en las calles nocturnas, animadas de luces navideñas, de personas deseosas de divertirse. Algunas parejas y grupos de amigos o de turistas, entran y salen del metro, en la céntrica estación Náměstí republiky, a la avenida de comercios que conduce a la mole del Teatro Nacional. El entorno es el mismo, pero ha cambiado, en esencia. La noche me devuelve un mar de luces donde creo que te veré, para escuchar tus impresiones sobre algún cuadro de la arquitectura. Lo que está afuera de mí, los edificios y los portales iluminados, los turistas que portan cámaras, algunos profesores o alumnos del Instituto, con los que me entrecruzo, saludándolos, están llenos de ti, te veo en ellos, porque eres parte de mi vida. Se animan, pues al alma a donde entran, tiene la vida de otro ser. Estás en todas las cosas, porque vives en mi interior.

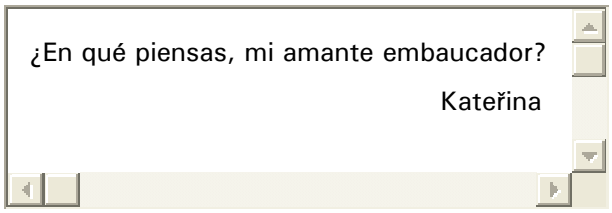
Recorro la parte céntrica, sumergiéndome en su ajetreo. En mi deambular, paso frente al Reloj Astronómico, en el edificio del Ayuntamiento antiguo, recordando las veces que lo hemos visto, comentando sus detalles o la procesión esporádica de sus efigies. Dejándome llevar, alcanzo la inmensa plaza donde se levanta la estatua del reformador Jan Hus, cercana a los comercios de joyería y cristalería de Bohemia; me rodeo de edificios multicolor, de taxis, de bancas donde citadinos y turistas, contemplan el paisaje urbano.

Me envías correos electrónicos, donde relatas cómo van tus clases, y cómo te preparas para el examen final. La calificación será válida en la República Checa, por convenios de apoyo cultural. Te alienta pensar que podrás aspirar a una promoción, como profesora de alemán. En mensajes más breves, comentas que escribes rápido, pero para saber que te leo. No te guardas nada, como si vivieras la importancia de las pequeñas cosas, escribiéndome en claves. Esos mensajes me son especiales, por su aire de retozo, por estar llenos de esos juegos que sólo entienden, quienes se aman con sinceridad.



Sí, y me gusta que algunos profesores, con quienes me entrecruzo en las aceras, me pregunten, amables, por ti. Se interesan por cómo prosperas, y también me agrada que nos relacionen como una pareja; que me vean como alguien indicado para dar noticias tuyas.

Al pasar junto a un café, recuerdo que ríes suavemente cuando muerdo un poco tus manos; que te gusta verme explorar sus articulaciones con los dedos. Al evocar tus palmas, su aroma me atrapa el aliento, me roba la respiración.



“¿En qué pienso?”, sonrío. Para decírtelo, te envío el poema que escribí en Brno. Deseo mantener un cierto incógnito sobre la noche en que te vi frente a la ventana, pero necesito comunicarte lo que me inspiras.

Hola, guapísima, cariño: Yo también te extraño. Te envío algo que te he escrito. No me preguntes dónde, pero me lo has inspirado tú.

MAGIA
Danzas, con la noche, a la luz de una Linterna Mágica,
derramada por la noche en sortilegio,
que a la oscuridad, transforma en luminaria,
y al brillo, en velo de misterio.

La Linterna Mágica, es esa Luna de plata
que te descubre, con mirada de embrujo,
revelándote, magnífica y callada,
frente al ojo de una ventana.

Pocas magias hay que yo conozca,
como las de esa Reina Enmascarada
que te eleva, con resplandor de candilejas,
de sueño verdadero,
en alas de ángeles plateados.

Mas la Linterna Mágica también se encuentra en ti.
Es su resplandor el que me hechiza,
cuando te amo en el mar blanco
de las horas,
y de los deseos secretos.

Cuando regresaste del cursillo, fumábamos, sentados en las gradas del imponente Teatro Nacional, en cuya fachada destaca su lema nacionalista, que se remonta a los Habsburgo: EL PUEBLO PARA SÍ.

Llevábamos una semana viviendo juntos, en un departamento pequeño de la calle Krásova. Descansábamos, después de asistir a un concierto, del que íbamos a preparar un informe. Eran días de mucho trabajo. Tal vez por eso, me dijiste que debía ir contigo a Dresde, en abril próximo, el mes del siguiente cursillo, para no dejar de vernos. Una de tus compañeras, nos ofrecía su casa, para dormir.

"¿Tú crees que en las relaciones, alguien siempre quiere más al otro?", me preguntaste sin preámbulo, viendo a la calle de llamativa iluminación navideña, expulsando el humo.

"Creo que así sucede, a veces", te respondí.

"Y, ¿en la nuestra?"

Me llevé el cigarrillo, a la boca: "En la nuestra, quien más ama eres tú".

Me golpeaste en un brazo: "Estoy hablando en serio".

Pensé mi respuesta.

"Si uno de los dos da más amor del que recibe, no lo experimento de ese modo", te dije. "Por mi parte soy feliz con lo dado y con lo recibido. Tal vez eso no se pueda medir. Cada cual ama y lo que da puede serle mucho, aunque al otro no le pareciera así".

"Acabas de decir que alguien ama más, a final de cuentas".

"¿Lo dije? Bueno, me parece que en algunas parejas uno de los dos no da lo que puede, se lo reserva, es egoísta. Ése sería quien ama menos".

"Y tú, ¿qué sientes por mí? Dímelo".

Te susurré, con el alma, ya sin traducirme antes de hablar, pronunciando con un poco más de fluidez, y me gratificó el que pudiera decirlo sin titubeos, sin omitir ningún acento, y luego repitiéndolo, en español:

"Mám tě strašně moc rád, te amo muchísimo", y añadí: "No me importa dejar mi idioma, ni mi país, ni siquiera mi religión si debiera, por estar contigo".

"¿Y si te aburres de mí?", quisiste saber. "¿Si quieres regresar a casa?"

"¿Yo, aburrirme de ti?", me señalé, estupefacto. "Alguna vez me preguntaste si cambiaría mi trato contigo. ¿Tienes esas dudas, cariño? No, jamás, óyelo, jamás".

"¿Cómo lo sabes?"

Apagué el cigarrillo, y te estreché los dedos.

"¿Sabes lo que tú eres para mí?", te pregunté. "Eres un sueño hecho realidad. Tenías razón en lo que me dijiste en Brno. Me gustabas, y al conocerte, me enamoré más de ti. Te anhelaba tantas veces, cuando no te veía, y todavía sueño contigo. No podría darte una razón sola, porque es una suma: La forma cómo eres, el modo en que te desenvuelves, tus detalles, lo que llevas dentro. Además, tú puedes llegar tan lejos como quieras, y esa

capacidad tuya, me atrae. Cuando digo que eres hermosa, también me refiero a lo que hay aquí", señalé tu pecho. "Creo que venciste muchas cosas para estar conmigo. En eso, me demuestras que me amas. Y yo no sólo veo tu belleza externa sino, también, tu alma. Por todo eso, te amo. ¿Lo sabes?"

Apoyaste un codo en una de tus rodillas, y la sien en una mano, dejándome la otra, viendo de nuevo a la ancha avenida, de edificios altos y otros, bajos.

"Claro que lo sé", sonreíste, y te escuché con atención.

"Sé que me amas, por la forma en que me miras", me dijiste, en susurro, en la noche clara. "También por la manera en que haces el amor conmigo, tierno y apasionado. Sobre todo lo sé, porque crees en mí. Tú llegaste en una época importante de mi vida, cuando me sentía atrapada en una decepción sentimental, y no veía forma de salir de otras situaciones, como mejorar en lo profesional, o sobre cómo tener mayor confianza en mi persona. De pronto llegaste, hablándome de la posibilidad de creer. Me apoyaste, me sacaste de ese pozo. Además, me daba cuenta de que yo te atraía".

Diste una fumada, y continuaste hablando.

"Tú también me gustabas", añadiste. "Cuando volví a verte después del primer viaje a Dresde, pensé que había olvidado cuánto me gustabas".

Demostrando cómo lo que un hombre sabe, una mujer ya lo sabía, agregaste y mi sorpresa, pero también mi placer, fueron mayúsculos:

"¿Tú eres el que subió al autobús que iba a Kobylisy, antes de presentarnos, cierto?", afirmaste, pese al tono de pregunta. "Conociéndote, hoy pienso que me viste desde la calle. Fue la primera vez que yo te vi, cuando subiste y luchaste un poco con el boleto. Me di cuenta de que me mirabas, por el reflejo de la ventanilla. Y me sorprendió mucho que trabajaras en el Instituto, por eso, no te respondí cuando me saludaste. Y cuando te declaraste en el puente de Carlos, después me arrepentí de no haberte dicho nada, pero te portaste bien, sin presionarme, y es que yo tenía miedo de sufrir, otra vez. Y me inquietabas mucho, con tus caricias y palabras. La segunda vez en mi departamento, tal vez te hubiera dejado besarme, aunque no dijeras que me querías".

Yo escuchaba, ignorante de que me vieras así:

"Además, es tu forma de ser", continuaste. "Siempre has sido considerado, en todas partes. No me usas para satisfacerte. Eres un buen amante, te ocupas de que yo también disfrute. También, eres responsable en tu trabajo, no lo descuidas, ni siquiera por mí. No sé si todos los extranjeros son como tú, no lo creo, me refiero a eso de estar celoso en el estacionamiento, y luego eso de ir al tren para terminar conmigo, con palabras extrañas. Me haces reclamos de una manera simpática. Por eso te digo que eres mi embaucador. Me

atrapas con palabras suaves, hasta obtener lo que quieres. Pareces un hombre antiguo, de los que daban la mano para bajar de un vehículo, y que abrían las puertas, e iban por el lado de afuera de la acera. Nunca te he visto realmente enojado. ¿Nunca discutes?"

Asentí, con vehemencia, rechazando la imagen. "Oh, sí, pero en ese sentido soy muy desagradable, por eso, lo evito".

"Bien", me frotaste los dedos, tirando la colilla del cigarrillo. "Te amo y me gustas. Te quiero más de lo que nunca he querido. No deseo que se termine".

Vencido por tus palabras, pues con ellas me dabas más de lo que yo te había dado nunca, descendí a la siguiente grada y abrazando tus pantorrillas, remordí, suavemente, una tus rodillas.

"Bueno", reí, "verás, ahora que nos casemos..."

"¿Qué?", gritaste divertida, estupefacta. "¿Ahora que nos casemos...? ¿Cuándo hemos hablado de eso...?"

"Nunca, pero ahora que nos casemos, le voy a pedir al Papa..."

Me revolviste el cabello, actuando un combate, y seguí: "... vas a tener qué elegir la nacionalidad... ¿Soportarás el tequila? Yo nunca me he acostumbrado al gulash... socorro, alguien..."

"Ven, ven, tonto", me extendiste los brazos, cariñosa, y subí a tu escalón. Me hiciste dos preguntas con los acentos de tu idioma, iguales a los de una fuente en una tarde soleada; a los del fuego de una pequeña hoguera, crepitando en la noche fría; y entenderte en tu idioma, responder yo en tu idioma, fue como vencer la última barrera, haber dado el salto final por sobre las diferencias, y sentí, perfecta, liberadamente, que había llegado a ti... Me hablaste cerca de tus labios, tocándome una mejilla, con mirada incitante, viéndome a los ojos y a la boca: "¿De verdad te quieres casar conmigo... Me amas tanto como para eso...?" Te veías tan guapa con ese jugueteo, atrayéndome hacia tus ojos con la mirada, que de pronto, algo más carnal que embelesado, deseé estar de vuelta, de inmediato, en nuestro departamento en Krásova.

"Por supuesto que lo quiero", te dije. "Con toda el alma".

"Yo también lo quiero", respondiste, apenas tocándome la mejilla con las puntas de tus dedos, mirándome a los ojos, "yo también lo quiero", repetiste. Y en ese instante, sentí cómo mi vida se abría a un inédito sendero, proyectándose, vasto, a una distancia de enramadas, acariciadas por la idea de unir nuestras vidas... Yo te dije que te amaba, vehemente, besando las orillas de tu boca, aspirando el perfume de tu piel tersa, mientras los astros centelleaban sobre la calle bulliciosa, plena de luces misteriosas, bajo un cielo azul cobalto; sus nubes se extendían por las aceras, llenas de transeúntes, de locales

cerrados y de los que cierran sus puertas hasta tarde. En los edificios, las ventanas encendidas, de cálido resplandor, animaban la noche de la cercana Navidad. Te besé en los labios, una vez y otra, y tú me besaste, obligándome a no dejar de verte, repitiéndonos: *drahoušku, miláčku, querida, querido*...

"¿Vas a mantener tu palabra?", me coqueteaste.

"Por supuesto", te repetí, armado de punta en blanco, revestido con las galas de mi amor por ti. "Te lo juro, te doy mi palabra de honor, te adoro, casémonos a finales de este mes... Iré a pedir tu mano, a Kutná Hora... Sólo te pido una cosa".

"¿Qué?"

"No dejes de ser mi novia, nunca dejes de ser mi novia, la novia que me ve con esos ojos, mi novia de Praga".

Desde Újezd, el funicular subía a la colina de Petřín. Desde uno de los asientos de madera, donde viajaba solo, y a través de sus espaciados barrotes en las ventanillas cerradas, veía la ciudad desplegarse, metros debajo, en amarillos pálidos, azules pastel, beiges, y sobre todo, el rojo, azul o verde, de los techados de dos aguas.

Pensaba en la intimidad de nuestro departamento, en Krásova. Recordé la vez que salí de una presentación nocturna en el Instituto, cuando me negué cordialmente a las invitaciones de ir a beber una copa, pues había una reunión con otros colegas, y tú los recibías en el apartamento. Ya se sabía que éramos una pareja. Al llegar al edificio, subí por el elevador cuando otras parejas, también los solteros, estaban ahí. Los había de varias nacionalidades. Me recordé esa noche, lleno de ilusión, deteniéndome cerca del umbral, para oír las risas, las conversaciones. Me agradó, al abrirse la puerta, ver a esas personas reunidas y a ti de perfil, hablando con alguien, viendo hacia la entrada, sonriente, esperando que fuera yo.

Por eso, esa tarde, iba solo en el funicular, que parecía planear sobre la capital.

Estaba abrumado: Acababa de recibir una noticia grave e ignoraba cómo iría a decírtela... En choque emocional, no entendía por completo su demoledora naturaleza...

Era un aviso que afectaría nuestras vidas.

Me había llegado un fax del Hospital General de la ciudad donde nací, al Instituto de Intercambio en Praga, que tenía domiciliado por si necesitaba cambiar de casa.

Llevaba ese mensaje sobre las rodillas, en el asiento. No contenía noticias gratas: Se me informaba que mi único familiar, mi madre, había caído gravemente enferma.

La conclusión era pronta, y terrible, tanto, como para alterar los relojes. Yo tenía la obligación moral de regresar a mi país, *de inmediato,* antes de que a mi madre le dieran el alta hospitalaria. No podía esperar a otras cosas, tampoco a las vitales, como al trámite de mi matrimonio contigo... Aquello imponía un ritmo donde apenas tenía tiempo para no tropezar, con los cambios que implicaba. ¿En verdad, esto estaba sucediendo? No lograba captar, como si eso se refiriera a otra persona, el que no habría tiempo de casarnos antes de yo partir, aunque al repetírmelo mentalmente, no asimilaba la magnitud, ni tampoco, la necesidad de apresurarme. La enfermedad de mi madre, me obligaría a permanecer con ella, hasta cualquier desenlace de su enfermedad, que la postraba en cama. Y lo que me abrumaba, era algo que no me atrevería a pedirte.

Llegué a Krásova antes que tú, y el interior del departamento me saltó al corazón. Sentí que se me arrancaba la piel, y no encendí la luz. Una oscuridad y frío, no sólo físicos, sino también del alma, me azotaron, con eco de agonía. Todavía sin aceptar los sucesos, como si se refirieran a otra persona, llevando el telegrama en la mano recorrí el apartamento. Entre sus paredes, preparábamos las clases. Pero más aun, compartíamos sueños y vidas; nos apoyábamos materialmente, en las exigencias tangibles de lo diario: Cómo invertir nuestros sueldos, para equilibrar las necesidades, con las satisfacciones. Y ahora, eso iba a esfumarse. No podía creer que fuera verdad. Sólo el mensaje en facsímil, me recordaba su demoledora certeza.

Llegaste, y al encender la luz, sonreíste, al verme, pero de inmediato, te diste cuenta de que algo sucedía, al ver mi expresión.

Te sentaste en un sillón, y te dije, con suavidad, que debía regresar a mi país, sin saber por cuánto tiempo. Te expuse los motivos, leyéndote el telegrama enviado por la Dirección del hospital donde mi madre se encontraba, en Cuidados Intensivos. Me entendiste, pero de cualquier manera te dolió, te sorprendió, en grado demoledor. Viste al techo, inexpresiva, y pálida. Entonces sentí, por primera vez, la desproporción de las circunstancias, y también palidecí, lleno de una desesperación que no expresé.

Claro, había pensado en pedirte que fueras conmigo. No lo había hecho, pues sería una petición excesiva. No era un tema económico, sino humano: Yo no podía colocarte en una encrucijada, por orillarte a que renunciaras a tu vida, pues tus logros, los habías conquistado con sacrificios, con esfuerzos, además, muchos de ellos, anteriores a mí. Mas tampoco podía suponer que de negarte, no me amaras: Tenías responsabilidades, tus propios proyectos, así como una verdadera oportunidad de prosperar, como instructora de alemán, apoyada por convenios locales, inválidos fuera de Europa. No tendrías nada de eso

en mi país. Llegarías al cero, sin mejores perspectivas profesionales. Irte conmigo, equivaldría a arrancarte de tu vida, y de tu propia madre, que sólo te tenía a ti.

Escuchando una alerta ensordecedora en mi mente, ante la pasmosa amenaza de ver peligrar todo, consideré no regresar a México; en tomar la decisión de continuar con mi vida, haciendo caso omiso a ese llamado urgente. Pensé que, muchas veces, para que alguien sea feliz, otro debe sufrir. Mas en este caso, la situación no era ésa. Se trataba de una anciana sola, mi madre, que no tenía esposo, ni hermanos, ni otros hijos; de un lazo de honor y de compromiso de sangre, de gratitud y, simplemente, de un sentido humano al cual yo no podía rehusarme, sin perder el honor, sin caer en la infamia. Ahora, con el tiempo encima, debía retramitar el vuelo de regreso, ya cancelado con vistas a casarnos, para cuidar a mi anciana madre en su casa, repartiendo mi tiempo entre eso, y trabajar. Era entrar en otro ritmo, increíblemente lejos de ti, sólo con la esperanza de que algo mejorara.

No me pediste que no me marchara, seguramente por consideraciones semejantes. Tampoco me hablaste de casarnos por poderes, como tampoco yo lo hice. La enorme distancia entre los puntos donde nos hallaríamos, y el tiempo inherente, significaban un enorme peso.

Al cabo de pensarlo un rato, me dijiste que en un caso similar, tú debías hacer lo mismo. Nos abrazamos, en el sillón, sin pronunciar palabra, pero cada uno lleno de pensamientos que iban hacia el otro, y hacia la terrible y dolorosa situación.

La Navidad se aproximaba. No obstante, cuando los días corrieron, la cercanía de la hora de mi partida nos llenó de tensión, de ira, de tristeza. Y eso se mostró en algunas rencillas, en fricciones, que yo resolvía con ir a caminar, para regresar en unos minutos, callando mi frustración y mi desdicha. Tú tratabas de actuar en forma normal, cotidiana, con algunos momentos de silencio, y con otros, casi de reclamo hacia mí. Yo intentaba mostrarme controlado, aunque en realidad, el revés me agobiaba, me enloquecía. Me parecía increíble tener que alejarme de esa manera, en esa medida inaudita. A un día de Navidad, entre las personas alegres y las calles adornadas, salí para pensar en una solución, pero concluí no tenía los recursos económicos para lo que se me ocurría, como por ejemplo, contratar a una enfermera de tiempo completo; las otras posibilidades, me habrían parecido una deserción de mis deberes filiales. Regresé al apartamento, pues no deseaba perder el tiempo que me restaba junto a ti.

Esas noches, hicimos el amor con inmensa ternura, y cuando yo veía lágrimas en tu mirada, en el silencio que seguía a las caricias, contenía las mías, para secar tus ojos. Hablamos mucho sobre cuánto nos queríamos, sobre que algo bueno podría suceder.

"¿A quién le voy a contar mis cosas?", dijiste tristemente, la noche de Navidad, apoyada en la almohada, de espaldas a mí.

Te abracé, en esa posición. "No sientas que ha quedado algo por decir, personalmente", te aseguré, con un nudo en la garganta, tragándome las lágrimas que me ahogaban. "Y si lo sientes, si alguna vez te dices: «¿Por qué no le exprese esto, o esto otro?», imagina, sólo imagina que me lo dices, que te escucho y te digo que está bien, te sonrío y te beso, pues eso haría. Nada hay que pudieras decirme, que no lo atendiera".

Fuimos al aeropuerto de Ruzyně en taxi, dos días después, sin hablar, aunque nos abrazamos en el trayecto. Era la noche de mi partida, y los veinte kilómetros al aeródromo, pasaban entre los árboles de roble, en el dibujo de la carretera. Yo tenía la mortal sensación de que estaba por despertar, y por eso te estrechaba, a ratos, algo más fuerte. ¿Por qué no podía de ese modo, llevarte conmigo? ¿Por qué no ocultarte en mi interior, y hacer el viaje así? La precipitación por regresar, llevada por la urgencia, por lo mismo no del todo concientizada, después se me revelaría como el inicio de un tiempo largo y oscuro. Cada kilómetro que dejábamos atrás, era sólo uno de tantos, perdido en una suma incontable. Por delante, en el taxi, todavía tenía la perspectiva del primer vuelo, el cambio de avión y, más tarde, el viaje sobre el Océano Atlántico, donde, solo, vería pasar, en sentido inverso, algunos de los paisajes que vi durante mi arribo. Momentos antes tan sugestivos, ahora tan dolorosos, como constatar en una pantalla, las horas y los kilómetros que restaban para el aterrizaje.

Yo descendería, pensaba, pero en vez de hacerlo en mi país natal, lo haría en el desierto, como un Ícaro desplomado. No te lo decía, buscando parecer sereno en los límites del terrible acontecimiento que vivíamos, acariciando tu cabello y tus brazos; pero sabía que no sería así por mucho tiempo; que no dormiría en la noche artificial de la aeronave, insomne y viendo filmes a los que no pondría atención; sin probar alimento, ni agua... sabía que, al ver desde lo alto, las luces nocturnas de la megalópolis donde nací, su dibujo me hablaría de ti, como lo hacía Praga, o esa carretera que el taxi devoraba, veloz, desdibujando a los robles. Sabía que, al ir en otro taxi, desde el Aeropuerto Internacional de mi ciudad, algo extrañado al ver de nuevo, en español, los luminosos anuncios callejeros, la distancia que me separaba de ti me caería de golpe, y la angustia, y la añoranza, y yo pensaría si no me había equivocado, si no habría cometido un error que terminaría por matarme, aun sabiendo que hacía lo correcto. De ida al nosocomio —con el tiempo justo para firmar el alta de mi madre y sacarla, en silla de ruedas—, en el taxi del

aeropuerto me derrumbaría emocionalmente, y el conductor me daría buenos consejos, que yo le agradecería, de todas maneras abrumado, al escuchar el desfile de los otros autos, de fanales encendidos, en las vías rápidas; por la conciencia de no verte durante mucho tiempo, tal vez ya no más; Ícaro cubriéndose la cara con las manos, incinerado al ser abatido desde el cielo, al lado del incesante paisaje urbano. Sus hoteles, sus edificios públicos y privados, me harían sentir que para volver a ese hogar, había sido expulsado de mi país. Y diría tu nombre, y odiaría la vida, aun al saludar a mi madre con una sonrisa, en el Hospital General, para no hacerla sentir culpable de mi desastre.

Entramos al ajetreo del aeropuerto de Ruzyně, oyendo sus anuncios por altavoz. Me sentía yendo hacia un patíbulo. ¿Cuándo volvería? Lo ignoraba. Y no era justo desear que fuera pronto, por implicar la sobrevivencia de la amada anciana enferma. Mas podía ser mucho tiempo, casi diez años para esperar alguna recuperación, al decir de los médicos de la Seguridad Social.

"Yo sé que no tiene sentido que te lo pida", te pregunté, de súbito angustiado, después de reglamentar el equipaje, y ya cerca de la sala de abordar, sintiendo que perdía el ritmo de una forzada serenidad. "Sé que no tiene caso que te lo pida", te repetí, "pero júrame que no me vas a olvidar, dime que..."

No pude más. Me asaltó el recuerdo de ti en flecha ardiente, de la primera noche que pasamos juntos, cuando frente a una ventana te desperezaste, en magia de brillos y de sombras... Y tú y Praga, y tú y la ciudad entera, me inundaron el corazón con la fuerza de lo amado, con el afecto de los bellos amores, de los que uno se despide, sin saber si un día, volverá. ¿Cómo era posible? ¡Esta noche, no te escucharía, tan cerca! ¡No oiría tu conversación en la recámara, ni en la sala, ni consultaríamos libros, ni asomaríamos por la ventana, para mirar a la calle! ¡No pensaríamos en el día de mañana, como de trabajo en el Instituto...! ¿Dónde quedaría el autobús donde te vi la primera vez, el metro, el sonido de las aulas, las verdes frondas, el prodigio de la luz, el puente de Carlos, donde te declaré que estaba enamorado de ti? ¿Dónde tu brazo cuando volviste de Dresde, la primera vez? ¿Cuándo volvería a ver tus cabellos, animados por el viento? ¿Dónde tus palabras, en la calle Karlova, cuando nos dijimos que pensábamos el uno en el otro? ¿Quién me restituiría la promesa de casarnos? ¿En cuál firmamento ardería esa Luna? Ícaro, yo era Ícaro, y ahora, después de volar al Sol, me precipitaba hacia la nada.

Con una mano, me cubrí los ojos y la frente. "Discúlpame, mi vida...", suspiré, caminando y volteando hacia otro lado; deseaba que no me vieras llorar, para no entristecerte más, pero mi intento, fracasaba: El corazón me salía, desangrándose, por los ojos, como suaves ríos que corren en tarde de sombras, sin parar.

Me hiciste detener, y te colocaste frente a mí. Y al obligarme a descubrir el rostro, tú también sollozabas. Pues nadie puede decir que ha amado, si no ha dejado que su alma se inunde de lágrimas, sin bochorno, sin cobardía.

"Eres un tonto", dijiste, dulcemente, apartando mi mano, de la cara. "¿Cómo puedes pensar que yo voy a olvidarte?", preguntaste, extrañada. "Yo temo que tú me olvides, que dejes de amarme", susurraste. "Y sé que estás actuando", explicaste, entrecerrando los ojos, acercando tu cara, a la mía; me diste golpecillos en el torso con tu índice, remarcando tus palabras: "Deseabas que pensara que te controlas, para que no me preocupe. Por eso me dijiste que no viniera a dejarte, bobo mío, para que no hiciera sola el regreso a casa, y por eso me dijiste que la traspasara, para que no esté sola en nuestro departamento. ¿Crees que me vas a engañar? Nunca lo has logrado. Sólo una vez y sucede que ésa, me escribiste un poema".

"¡Kateřina...!", exclamé, asombrado.

"Yo no voy a olvidarte", suspiré. "No podría olvidarte, ¿cómo podría?" Cuán extraño, que la pregunta fuera su propia respuesta.

El vuelo esperaba; el avión se disponía... Entre los locales comerciales y los puntos de recepción de equipaje de las aerolíneas, lleno de palabras para las que no había tiempo, besé tus ojos amorosos, bebí su licor de despedida.

Y tú me sonreíste en esa hora del adiós, y jamás tus ojos me fueron más amados, no me fueron más hermosos hasta entonces, que al verlos perlados de lágrimas, claros y brillantes, melancólicos, amantes. Para mí, siempre has sido lo más bello que nunca existiera, la única mujer a la que amo, la más hermosa de todas, la única dotada de magia, de brillantes colores, como la aurora. ¿Dolor? Por supuesto. Dolor de estilete, clavado en el corazón, cuyo corte me quemaba. Mas no podía decir que fuera desdichado, al verte así, al escucharte así. ¿Cómo podría serlo, teniendo lo que he tenido?, pensé. Te he tenido, *a ti,* y no deseo nada más. Las congojas de antaño, cuando no eras mía, regresaban, pero convertidas en dicha, pese a la hora. Esa luz iluminaba mi camino, fuera lo que fuere que me esperara, más allá. Yo era tuyo, y tú de mí. Tú, a la que amaba tanto. Tú, la única mujer que contaba. Pensar que pude jamás haberte tenido, que pudiste ser una visión ida a la distancia... Pero saber que te había amado en días de pasión y de ternura, me hacía conciente de ser afortunado. Que otros dejaran pasar, de frente, a su princesa azul. En esta ciudad y en cualquiera que yo pisara, tu aroma correría con el viento de sus noches.

"Me siento afortunado", te susurré. "Te he dicho que te amo. Te he dicho que me gustas. Te lo he dicho muchas veces. No me he guardado nada, nada, y tú me has oído. Y mejor todavía, me lo has dicho, también. He tenido la suerte de que me aceptaras. Te di mi

corazón, y lo tomaste. Eso pudo haberse perdido, condenado a ser un sueño extraviado con el amanecer. Pero sí tiene vida, mi vida, porque tú lo sabes, yo lo sé, lo hemos vivido. Conseguimos certezas. No tengo nada más por hacer, que seguir por ese camino. Para olvidarte, yo debería dejar de existir".

Y entonces, posaste tus manos en mis hombros... La cercanía de la fila, dirigida a los puestos de control, donde se reunían pasajeros hacia los elementos de seguridad, y la indicación implacable de los relojes electrónicos, también a ti te hicieron sentir la presión del momento, la sensación de separarnos, y de no vernos más.

"Lo sé, por eso esto otro, no lo quiero callar, Umberto Córdova", afirmaste, peinándome con tus dedos. "¿Crees que yo puedo suponer que lo nuestro pueda terminar? No lo concibo, es imposible", me mirabas. "¿Así, es todo? ¿Un adiós, y nada más?"

Me tomaste de la cara: "No puede ser, y ya no me importa lo que sea lógico o sensato, ni lo que la distancia quiera imponernos, ni tampoco los años", aseguraste. "Yo quiero la locura de esperarte, la locura de que vuelvas a mí".

"Deseo lo mismo que tú", añadiste, "lo mismo que me dijiste una vez: A ti, no poco, no a medias, sino todo". Me miraste, con expresión de intenso arrebato, y me pareciste enardecida, invencible. Y después, añadiste esa palabra en tu idioma, después del inglés: "Si no vienes tú, iré yo, *zlatíčko*..."

Me la habías dicho la noche de Brno, y como esa vez, en esta ocasión también me llegó al alma... Pues en español, *zlatíčko* significa "mi oro".

Mi oro... yo nunca había escuchado ese epíteto de amor, nada tan dulce salido de un corazón. En un mundo donde decir "te quiero" parece una frase gastada; donde la palabra "amor" se vacía de contenido, porque vivimos consumiendo todo, objetos, tiempo, sensaciones, personas, *mi oro* había sido una revelación, la frase más amorosa jamás producida por un lenguaje, pese a su sencillez. ¿Cuál debía ser el alma que la había concebido? ¿Cómo deberían amarse un par de personas, para decírsela con conciencia?

Y en ese *mi oro*, fue tu sentimiento lo que esperaba, lo que sentía que podías haberte reservado y que yo no te había pedido, un *quid* de la cuestión. Pero lo expresaste, te negaste a convertir el deseo de no perdernos, en un hecho silenciado que persigue para siempre y amarga nuestras vidas. Enunciaste lo que yo no me había atrevido a pedirte: Estabas decidida a saltar sobre todo, a dejarlo todo atrás, para estar conmigo. Decidida a no perdernos, tú eras capaz de ir por mí, para empezar de nuevo.

"Entonces, escúchame", te dije, cuando la fila avanzó. "Te lo juro, esta noche, este 26 de diciembre de 2006: Volveré a ti, así sea lo último que haga, Kateřina... Volveré, antes

de que llegue la Navidad del siguiente año, como sea, de la forma en que sea... Te lo juro, mi amor".

"Yo también te lo juro, mírame", añadiste, y me uniste las manos. "Te juro que si tú no me olvidas, yo tampoco te olvidaré", aseguraste, en violenta promesa. "Juro que te esperaré y si tardas demasiado, iré por ti. ¿Me oyes? Prometiste que nos casaríamos, y si para hacerte cumplir tu palabra debo volar sobre el mar, lo haré, para que no escapes, para que no huyas de mí".

Te abracé. No, yo no iba a perderte. Por estar dispuesta a ir a mí, dejándolo todo, desechándolo todo, entonces, por necesidad de vida, sería yo quien hiciera el vuelo de reencuentro, acertando con alguna solución en la nada. Sólo que el mundo terminara esa tarde, yo no te tendría por el resto de mi vida.

"Estos son votos de amor, ¿me oyes?", y tus palabras fueron sagradas, como sólo en forma sacra puede hablar una mujer, santificando lo que toca, y las sellaste, al besarnos en la boca, largamente.

Miles de correos electrónicos y de telefonemas después, la mañana me sonríe cuando desciendo del autobús 100, en la terminal de Zličín, Praga.

Vengo del aeropuerto de Ruzyně, contando las horas, llevando una pequeña caja con dos anillos. Desde Zličín, abordo el metro casi de un salto, ofreciendo disculpas con sonrisa ausente, cuando choco con otros pasajeros, en el vagón. Salgo en la estación Můstek del metro, a la marea de citadinos y turistas que no detiene su movimiento, en esa corriente que parece nunca cesar y que invita a unírsele.

Yo, otra vez, llevo sólo una maleta, como hace tiempo, como al empezar, y me interno, con esa emoción de aventura, en la misma ciudad, que es diferente, pues es otra la estación del año. El invierno ha sido reemplazado por la radiante primavera. Y no siento que hayan transcurrido cinco meses desde que partí por última vez, pues bajo el Sol de mediados de mayo, Praga es la misma ciudad que se queda en el alma, con su placer al andar por sus calles, y es diferente, porque guarda cosas nuevas, detalles no descubiertos, y que ahora, emergen a la vista.

La avenida se adelanta. Los tranvías amarillo y rojo parecen saludarme con su paso de metal, y las flores de todas las gamas danzan en las aceras, y los árboles dotan de coloridos verdores a parques y a edificios. Pero también, arrastrando mi maleta con ruedas —donde llevo las únicas pertenencias que he traído, desde mi país—, yo saludo a las construcciones rosa pastel y durazno encendido, rematadas por tejados aguamarina o con

grandes relojes. Es la ciudad de ensueño en floración, estallando en tonalidades, y los árboles se suceden en verdes radiantes y en naranjas, tenues o intensos, pero siempre deslumbrantes, en coros de hojas.

"¡Umberto, mi amor...!", escucho una voz conocida, a mis espaldas, placentera, y cuando giro, soltando la maleta, te acercas a mí, con los brazos abiertos, corriendo, y llevas un vestido de temporada; la calle me es más clara, cuando llegas al punto donde hemos convenido, en nuestro último correo electrónico.

"¡Kateřina, cariño...!", exclamo, y te abrazo con risa de felicidad, levantándote del suelo, dándote una vuelta completa, mientras tú me rodeas el cuello con tus brazos, y tu cabello me toca la cara. ¡Kateřina, querida! Tu cuerpo delicioso se aprieta contra el mío; deja correr tu aroma de maderas o de flores, en nuestro abrazo; eres tú, como siempre ligera, en rosa silvestre, por fin, toda entera después de meses, y escucho tu risa en mi cuello, y al sentir tu falda aletear en el viento, al haber agotado el último metro que nos distanciaba, también el florecimiento arriba a mi vida, como si hubiera esperado el mandato de estallar.

Cumplir un juramento de amor puede ser la exigencia más hermosa de nuestras vidas, el deber que transforma la existencia, la mayor fuerza para nuestros actos, el impulso que cambia circunstancias, y que hoy brilla en el mayo de Praga... Las acacias sacuden sus ramas al céfiro de Oriente, la avenida se despliega en edificios policromos por un camino de leyendas que arden, de cara al firmamento azul claro.

Te bajo, para ver tu rostro casi incrédulo, tu sonrisa y tus ojos brillantes, llenos de leyendas, de paisajes. Tú, de nuevo tú, por siempre tú, con tus largos cabellos, tu nariz breve, tus ojos verdes, que me cautivaron desde la primera vez.

"¿Cómo has estado, mi amante embaucador?", me preguntas, tomándome por el rostro, incapaz de llorar por la alegría, y me parece que sólo ha transcurrido un fin de semana, desde la vez pasada cuando nos vimos. No hay plazo que no se cumpla, y tampoco para bien. La dicha también es una posibilidad. Y si la Luna y las estrellas pueden descender, también lo hace el Sol, en esta calle calurosa.

"Esperando este momento", te digo, besándote en las mejillas, repetidamente, y al tú sentir mis besos, encontrando mi forma explosiva de quererte, que a veces te parece demasiado efusiva, pero que te agrada, me preguntas, acomodándome el cuello de la camisa: "¿Vienes a cumplir tu promesa?"

Ah... tu voz siempre es mejor en vivo, que por teléfono, y no quiero dejar de oírla, cerca de mí. "No, cariño, vengo a ver los museos", río y te abrazo de nuevo, ahora con

mayor cuidado, y algunas personas, al ver nuestro encuentro, sonríen, sin detenerse. En primavera, me parece que todos se aman en Praga.

"¿Nos casaremos, bobo?", me susurras. "¿Todavía quieres casarte conmigo?"

Te estrecho, sin levantarte, delicadamente, aspirándola fragancia de tus cabellos, y también tú me abrazas. "Por supuesto...", te aseguro. "Me casaré contigo antes de la Navidad, *drahoušku, strašně tě miluju... Querida, te amo*".

Yo no hablo sólo en español, pero tampoco, únicamente, en checo, ni sólo en inglés. Los amantes hablan en un lenguaje que les es exclusivo. Oh, sí. Hay tanto por decirnos... y por hacernos... ¿no lo crees?

Vamos por la calle, tomados de la mano como novios de primavera, como colegiales, para abordar el autobús que nos lleve al departamento de Krásova, que has conservado con dulce terquedad, respondiendo a tus colegas en el Instituto, y a tus condiscípulos en Dresde —donde te han ofrecido un puesto de profesora—, con tenacidad inocente, frunciendo el ceño: "Cuando amas a alguien, haces todo por él". Y así, caminamos, entre locales que anuncian AUTOSKLO VESELÝ y VIDEOPŮJČOVNA; y yo arrastro mi equipaje por la única ciudad en donde deseo vivir: Contigo, por entre los tilos y los sauces. Pienso que he llegado a mi destino, siento que vuelvo a respirar. El último sello de mi pasaporte, impreso en el aeródromo, tiene tu nombre y fue colocado por tus manos.

"¿Está contenta?", hablas sobre algo de lo que hemos conversado, largamente.

El Sol es un ojo que revela los secretos, en la mañana acalorada. "Muy contenta", te digo. "Vendrá en agosto, en silla de ruedas, pero feliz". "Toda su vida ha soñado con viajar y por eso, con gusto, ha vendido todo, y con el coste de mi auto alcanzó para pagar a la enfermera, que la cuidará hasta entonces. Los trámites están hechos. La idea de tu madre de tener compañía en Kutná Hora, para cuidarse mutuamente, a la mía le pareció fabulosa. La enfermera que tendrán les ayudará a entenderse. ¿Cómo no se nos ocurrió a nosotros?"

"Estábamos más preocupados por otros temas, nada era claro y la presión, era mucha", te encoges de hombros, y me agrada escucharte narrar el episodio, de nuevo: "Mi madre me lo propuso cuando lavaba los platos en su casa, después de escuchar mis penas, y me lo dijo en su tono de: «Todo lo debo pensar yo»", sonríes.

"Sí", asiento, aliviado. "Aunque mi madre no puede mover las piernas, por lo demás, ya se maneja bien... Ambas resolverán su cierta soledad. Podremos ir a verlas sin muchas preocupaciones. Mi madre te agradará. Los dos iremos a pedir tu mano. ¿Crees que yo le guste a la tuya?"

"Dice que si yo te acepto, ella también, aunque le sorprende que vengas de tan lejos, y tiene muchas preguntas sobre tus costumbres extrañas".

Reímos... Sí, para mí, es hora de aprender casi desde el principio. Mis adioses han sido la antesala de los "buenos días".

"En el Instituto, preguntan cuándo vas a volver", me notificas, acariciándome los dedos de la mano que estrechas, con ese gesto cálido, que es tan tuyo.

"¿Qué día es hoy, doce de mayo?", hago cálculos. "El catorce entonces, este lunes, me presentaré en la Dirección".

"¿Preparaste tu clase?", insistes, práctica. "Te he conseguido libros en español".

"Ah... eso es perfecto. Sí, tengo la clase. Estos dos días son para verte".

"¿Eres feliz?", me preguntas, mirándome a los ojos.

"Sí", asiento. "Sencillamente, feliz".

"Yo también", me sonríes, como la mañana cuando nos presentaron.

Y al sentir el contacto suave de tu palma, al alejarnos por la acera, y con tus dedos entre los míos, pienso en lo que ha sucedido, en sus raros avatares, y veo el presente que esperaba: Tú, caminando en el parque Stromovka, bajo los arces, como si bailaras, cuando somos por completo, el uno del otro, como un joven matrimonio; tú, en la plaza de la Ciudad Pequeña, con tu andar ligero, alegre, presto a levantar vuelo y a hacer nacer flores por las calles estrechas y en los pasajes de los edificios, coronados por arcos de piedra; nuestro paso ante la Torre de la Pólvora; el metro, con sus pasajeros anónimos, donde he viajado contigo, escuchando tus palabras en tardes de ensueño, yo ocultando una verdad para hacer posible otra, la de mi amor por ti; tú, en Brno, frente a la casa de los señores de Lipé, donde dijiste que de no conocernos, nos intuiríamos; tú y un mechón de tus cabellos sobre una de tus sienes, cuando, atenta, miras a un lado para ver si se acerca el autobús, en una tarde cualquiera; el trazo de Praga bajo su cielo de bronce y de seda, desde el funicular construido para una Exposición Internacional, donde vamos juntos y me explicas cosas que no conocía, de los edificios que quedan abajo, cuando hemos cumplido con nuestros votos; la ciudad desplegándose, animada, llena de secretos, de hermosos jardines y arboledas que conviven con el agua, por donde sopla el cántico de siglos, de un ser antiguo y vivo; la ciudad a donde una tarde llegué, para ser arrebatado desde el centro de mi alma, por una fugaz visión tuya, tras la ventanilla de un autobús, en el crepúsculo.

He vuelto a ti, pues el día ha traído consigo, para dejármelo, lo que siempre fue: El amor de mi existencia, mi hermosa novia de Praga adornada de estrellas en el cabello, y de la que soy suyo, cariño mío, sábelo siempre... para siempre tuyo.

Katerina

y

Umberto

Solicitan el placer de la amable compañía de ustedes
en su boda, el sábado 8 de diciembre de 2007
a las cuatro de la tarde, en la Iglesia de Holesovice,
donde los prometidos se conocieron.
Vrbenského, Praha 8
Praga, República Checa

Con la presencia de las madres de los prometidos
Ysabel Córdova y Eva Ludová

Después de la ceremonia, la fiesta de matrimonio se llevará a cabo en
Hotel Palace Praha – Panská 12, Praha 1

Los futuros esposos
cuentan con la presencia de ustedes, y con sus bendiciones

R.S.V.P.

Esta es una obra de ficción.
Excepto las descripciones de entornos verdaderos,
cualquier otra similitud con lo verídico
es mera coincidencia, siendo obra imaginativa
nombres y caracteres, además de locales, edificios,
calles, líneas de transporte e instituciones
que no tienen referencia comprobada

La novia de Praga se terminó de trabajar el 11 de enero de 2006

Diseño editorial: Víctor Hugo Flores
Supervisión de diseño: Adán Enrique Gutiérrez Cardona
Fotografía de contraportada: Karina Sánchez Dromundo

Para la composición se emplearon las fuentes
Georgia, Dauphin y Scriptina

HECHO EN MÉXICO

EL AUTOR

Víctor Hugo Flores (Ciudad de México) es Redactor Jefe de una conocida agencia de publicidad enfocada al campo de la medicina y escritor de relatos de horror y ciencia-ficción, siendo este último género donde ha obtenido varios premios y reconocimientos. Ha publicado la novela de vampiros *Loreto 49* en la editorial Times Editores y el relato *Sed de Sangre* bajo el sello de autor Mors Vals. Escritor que define la mayor parte de su obra como "Romanticismo Oscuro", también está interesado en otras ramas de la creación artística, como la música fractal. En este tema, ha sido conferencista en organismos culturales como son el Museo de la Ciudad de México y el Centro de Arte Alternativo X-Teresa; también ha dictado conferencias de historia y simbología en diferentes puntos de la República Mexicana. Ha incursionado en la fotografía, así como en la animación y el mediometraje con obras como *Visiones del Caos 1.1* y *Vämpyriä*. Convencido de la importancia del Arte en Red para el siglo XXI, es creador de los proyectos en línea El Vals de la Muerte y Egrégora. *La novia de Praga* es su primera obra del género de amor, y la define como "una aventura feliz, una fantasía dentro de una ciudad que, en sí misma, es un ensueño romántico". Escrita a partir de un cuadro presenciado en Praga de manera fortuita, el autor piensa que el proceso de creación se relaciona con la Teoría del Caos, "uniendo las vivencias con la ensoñación, el azar, la memoria y la voluntad creativa". *La novia de Praga* es una muestra, y es la historia de los profesores Kateřina Ludová y Umberto Córdova; este último hará todo lo posible para conquistar a su colega, en una Praga que se convierte en un símbolo del amor. El relato es una pequeña imagen nacida del azar que, en última instancia, transformada en obra imaginativa, representa un obsequio para el corazón. – *Patricia Reynaga*

Otras obras literarias del autor:
Loreto 49, Sed de sangre, Nocturnum tempus, Sangre y rosas, Sombras en la niebla,,Estudio en negro, El Toque de Shejiná, Necrópolis y otros relatos nocturnos, Tus caricias de dulce tabú, Cantos de la hora oscura y Vértice de lunas

Dirección web: www.hyperia.biz
reúne los proyectos El Vals de la Muerte y Egrégora